

Audiolibro A N Es De D A Miguel
Delibes Cap Tulos 10 11 12 13

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Susana Bee (Griffith)** - - - - Capítulo Décimo. Sebastián, en los días siguientes, se sintió náufrago y abandonado en medio de aquel océano de humanidad que le envolvía. Era aquél un mar espeso e inextricable, colmado de reconditeces, escollos y arrecifes; un mar difícil, donde suponía un esfuerzo de titanes sostenerse a flote. La ruptura con la Aurora fue la comidilla del barrio, como antes lo fuera su noviazgo y las especiales circunstancias que lo rodearon. En todas partes se hablaba de la Aurora y Sebastián; se comentaba con complacencia el frustrado noviazgo, se sentaban presunciones y se exponían conjeturas, llegándose, casi siempre, a la conclusión de que el infeliz contrahecho había desperdiciado una magnífica oportunidad. La gente se daba codazos significativos al cruzarse con él, y los menos discretos le voceaban chirigotas procaces o le repetían la vieja chufra de mugir en su presencia. Se cotilleaba de Sebastián a la puerta de la iglesia los domingos, en las colas del cine y de la carne, en las siete tascas del barrio y en las comidas familiares, alrededor de la camilla. El tiempo era aún frío y se diría que el cotilleo sabroso y picante aportaba sobre los miembros entumecidos una cálida intimidad. Sebastián soportaba todo esto con aparente estoicismo, pero allá, en el fondo de su inarmónico cuerpo, algo se retorció con violencia cada vez que lo vejaban, produciéndole un agudo e intenso dolor. Nunca decía nada. Guardaba aquellas chufas para sus cavilaciones solitarias y, entonces, en su lenta y aislada digestión, se daba cuenta de la inquina de los insultos y las alusiones y lloraba mansa, calladamente. No le dolía la ruptura con la Aurora. A fin de cuentas, esto respondía y se adecuaba cabalmente a la realidad de sus sentimientos. Últimamente se había percatado de que no amaba a la muchacha y, desde este punto de vista, era un hombre feliz con su autonomía recobrada. Echaba de menos, sí, los paseos vespertinos a lo largo de la roja tapia que circundaba el colegio de monjas mientras el día declinaba por detrás de la torre de la catedral; o las tardes de cine, arropados por la masticación crepitante de los devoradores de cacahuets; pero lo echaba de menos lo mismo que a una muela perdida cuando la punta de la lengua, en su minuciosa exploración por las dos bandas de la boca, topaba con el hueso inusitado de la fosa recién abierta. Es decir, que lo que Sebastián lamentaba era la costumbre rota, el aniquilamiento de un horario fijo, minuciosamente reglamentado. Por lo demás, suponía una ventura inesperada poder disfrutar de una absoluta independencia cordial, con la posibilidad inaudita y osada de fantasear a más y mejor sobre un utópico entendimiento con Irene. Era la reacción de la humanidad circundante lo que le atormentaba, sumiéndole en un abismo de pesimistas y desesperadas reflexiones. En su casa no hallaba ningún consuelo. Aurelia, después de la violenta escena del día de la ruptura, se mantenía tiesa e inabordable, con una perpetua expresión de padre decepcionado en el mil veces acariciado porvenir del hijo. Ahora se reunía con la señora Luísa, la del punto, con más frecuencia que de costumbre, y en estas reuniones bebían vino tinto y jugaban a las cartas sobre la mugrienta mesa de la cocina. La Orenca proseguía devanando su existencia desligada, indiferente y gris. Tampoco se había atrevido Sebastián a cruzar una palabra con ella desde entonces, temeroso de ofender su orgullo inflexible. La niña se mostraba sumisa y triste, con la inalterable expresión de susto en sus ojos redondos, pero sin osar tampoco dirigir la palabra a su hermano, a quien suponía aún herido y con el corazón en carne viva. La vida de Sebastián discurría así monótona y aislada, con una carga interior excesiva para su vapuleado corazón. A veces pensaba en Orenca con melancolía, y en estos casos las desdichas de la niña le apartaban un tanto de su oscuro y romo vivir. Recordaba con espanto las palabras de la pequeña al comunicarle el estado de la Aurora, y estas remembranzas le herían el pecho como si se pasase por dentro un cepillo de rígidas cerdas. Intuía, entonces, que no son los niños que callejean sin descanso los peores, sino los que se esconden y roen, encerrados entre cuatro paredes, los misterios de la vida todavía a medio velar; esos niños ariscos y aviejados, que no tienen alegría ni espontaneidad. Las comidas alrededor de la destartada y churretosa camilla acentuaban su chato abatimiento. Nadie hablaba allí, y los roces de los cubiertos con los platos

descascarillados de loza barata adquirirían una vibración casi trágica. Se les oía mascar a los tres o sorber la sopa con artificial presteza, deseando romper cuanto antes la forzada reunión. Entre plato y plato, los siseos de Aurelia al hacer discurrir por los intersticios de los dientes repentinas corrientes de aire casi asustaban a Sebastián. La Orenca iba y venía de la cocina, trayendo y llevando, y el ajeteo de la niña le hacía pensar que era como esas frutas ásperas y agrias, maduras a fuerza de golpes. Pero eran las noches y las irremediables tinieblas impuestas por las restricciones de luz lo que más temía Sebastián. Un insomnio desacostumbrado se había apoderado de él. Era a esas horas cuando los recuerdos dolorosos y la conciencia de su vejación le asaltaban, royéndole el alma. Evocaba, en esos momentos, su ciega fe en la Aurora, su pueril e inefable comportamiento, mientras el barrio entero soltaba risotadas a su costa. Recordaba el día que descubrió a la muchacha apostada en el corro de espectadores del «doctor cubano» y su forma inexplicable de escabullirse antes de que el doctor respondiese a la consulta. Ya aquella mañana podría Sebastián haber recelado algo, pero él era de esa madera, sin vetas ni manchas, de que están contruidos los hombres de buena fe. Después, la escena con Conde, el hijo del contratista, y la inmotivada fuga de la Aurora a Madrid; la descarnada manifestación del Sixto, ensalzando la amplitud de sus tragaderas; el resentimiento de la Aurora al comunicarle él que la encontraba más gruesa; los torpes mugidos de los mozalbetes del barrio; los codazos de los más prudentes y mesurados al divisar a la pareja... Sebastián daba vueltas y más vueltas sobre el lecho. Aquellos recuerdos le ocasionaban una desazonadora picazón por todo el cuerpo. Y tanto como su humillación, como la conciencia dolorosa de saberse el hazmerreír del barrio, le afligía su falta de perspicacia al no haber descubierto a tiempo el artero complot; la ingenuidad imperdonable de su conducta, crédula y confiada. Las sábanas, sucias y remendadas, se plisaban por debajo de su cuerpo sudoroso, incrustándosele en la carne y lastimándolo. Se enderezaba a oscuras y las tensaba, pero, al momento, le parecía que las costuras de los remiendos alcanzaban un relieve excesivo que le oprimía desagradablemente la piel. Volvía a incorporarse y tornaba, poco después, a tumbarse. De súbito, experimentó calor en las manos y las sacó por el embozo; mas, a poco de hacerlo, le sacudieron el cuerpo unos escalofríos febriles que se quebraban dentro de él como relámpagos. Volvía a esconder las manos bajo la ropa y volvía a pensar. Rememoraba ahora pasajes enteros de sus relaciones con la Aurora y se excitaba aún más. Se le aparecían delante de los ojos frases completas, conversaciones redondas, llenas, por parte de ella, de taimada intención y sutiles reticencias. «La vida es hermosa cuando en ella se logra hacer un remanso para dos.» «No sé por qué esta Nochebuena tengo ganas de llorar.» «Sebastián, estoy pensando que me eres imprescindible; te amo con toda mi alma.» «Debe bastarte saber que estando así o así te quiero mucho...» Sudaba y se rebullía en el lecho revuelto. Los recuerdos le asaltaban en grupos, estrangulándole contra la tenebrosidad circundante. Excitado, medio enloquecido, sin saber lo que se hacía, tornaba a asomar una mano por entre las ropas y oprimía, angustiado, el botón de la luz. Pero la luz no se hacía y él, entonces, agobiado por las irreductibles tinieblas, apretaba con un frenesí loco aquel botoncito una y otra vez, y el chasquido reiterado parecía una carcajada burlona. — ¡Oh, Dios; oh, Dios, estas restricciones, estas malditas restricciones! Se cubría el rostro con la ropa para hacerse la ilusión de que fuera existía un reino brillante de luz que él voluntariamente se vedaba. Así, bajo esta sugestión, le era más soportable aquella horrible oscuridad. Sus lucubraciones desembocaban siempre, fatalmente, en una prístina conciencia de su absoluto aislamiento. Y, en estos casos, le daba por pensar si no sería, en realidad, un exceso de sensibilidad lo que engendraba todos sus problemas. El veía a los demás hombres quemar la vida sin detenerse a reflexionar si eran o no comprendidos. Esto les era indiferente. Vivían su vida, sujeta y adecuada a un patrón, y esa vida se cruzaba mil veces con las de los demás sin que por ello la urdimbre resultante de tantos hilos entretejidos les ofuscara o mitigara sus afanes vitales. La vida propia era lo primero, por encima de todo. Mas a él le dañaban estas conductas egoístas, malvadas, que precisaban del dolor del prójimo para eclipsar su desazón interior. De este modo, la vida, para unos, era una sucesión ininterrumpida de acontecimientos ruidosos y excitantes, y, para otros, el eco triste y melancólico de esos ruidos y esa excitación de los demás. Inadvertidamente la imaginación de Sebastián se detenía en la fabulosa silueta del cura de las barbas, recortándose, escueta y severa, sobre el frío muro del convento de los capuchinos. Su desasosiego aumentaba entonces. Una cosa era lo que los curas decían en las iglesias y otra, muy distinta, lo que los hombres hacían fuera de ellas. Pero, sin él quererlo, algo por dentro le anunciaba que detrás de todo este tinglado terreno existía un mundo más equilibrado y justo en cuya puerta un ser, de aspecto semejante al cura de las barbas, examinaba con mirada prolija y minuciosa las hojas de servicio de todos los hombres. Allí cada cual obtenía lo que había merecido conforme a un criterio altruista, equitativo y compensador. Sebastián meneaba la dolorida cabeza en la oscuridad. No quería pensar en esto. No quería hacerse ilusiones; los duros reveses sufridos le demostraban que nada hay tan flébil y triste en la vida como una ilusión reventada sin florecer. Solía levantarse cansado y aturdido, como después de una noche de juerga. Sin el menor estímulo se lavaba, se vestía y marchaba a los Almacenes. Todo seguía igual por allá. Don Saturnino, con los dedos pulgares

introducidos bajo el chaleco, junto a los sobacos, vigilaba la máquina que tan expertamente había puesto en movimiento; don Arturo continuaba haciendo progresos en su habilidad mercantil y su fondo fenicio iba aquilatando, con matemática precisión, la llegada del momento en que su vitalidad comercial constituyera una corriente propia, desglosada y autónoma; Martín y el probador continuaban en magníficas relaciones, y las numerosas clientes caían en «el bote» tan pronto como aquél se lo proponía; los hermanos rubios hablaban los lunes, los martes y los miércoles del partido celebrado el domingo anterior, y los jueves, viernes y sábados hacían cábalas sobre el que se avecinaba. Entre todos ellos discurría la sombra deprimida de Manolo, a cuya mujer había arrancado un pezón la avidez lactante de su pequeño, ya tan fuera de peligro que podía, incluso, poner en peligro a los demás. (Imaginó Sebastián, al enterarse de este nuevo contratiempo de Manolo, que el alma del pequeñín estaría tintada de amarillo por su pecado de gula, como lo estuvo un día, dos semanas atrás, el alma de la señora Zoa.) Y, como una constante de la maldad de los hombres, Emeterio, husmeando siempre la posibilidad de rebajarle y zaherirle, movido sin duda por la corrosiva envidia de saberse postergado en el establecimiento. Sebastián atendía su zona con febril dinamismo. Por nada del mundo hubiera consentido que su inquietud espiritual mermase su capacidad de trabajo tan generosamente contratada por el señor Suárez. Se movía entre sedas, terciopelos y percales, y llegó a establecer, a fuerza de girar siempre entre sus preocupaciones y aquellas piezas, una relación marcadísima entre los estados del alma y las características de los tejidos. Lo único que alentaba en estos días a Sebastián y le permitía desentenderse un poco de sus amargos problemas interiores era su ardiente y callado amor por Irene. Presentía que, aunque se empeñase en ello, no podría olvidarla. La sola evocación de su persona bastaba para desequilibrarle el corazón, atropellando la sangre en sus aurículas y ventrículos. Cuando ella entraba en los Almacenes, la viscera redoblabla como un tambor. (Sebastián se asombraba de que aquellas palpitations casi dolorosas no se manifestasen, no se oyeran en varios kilómetros a la redonda.) La observaba silencioso y apasionado desde su rincón, absorbiendo, arrobado, el timbre cantarín de su risa, el tono indistinto de su cabellera, la eurtmia y la ponderación de aquel cuerpo flexible y armonioso. Mas ella no reparaba en esta secreta adoración. Coqueteaba inconscientemente con don Arturo o gastaba bromas incruentas al señor Suárez. Con los demás apenas si cambiaba una palabra, aunque les sonreía pródigamente al entrar y al salir con una expresión de simpática camaradería. Su presencia encalabrínaba a sus compañeros, que se emperraban en ver en ella el arquetipo del excitante carnal. A Sebastián esta reacción instintiva le asqueaba y aumentaba su pesadumbre. Él había hecho de Irene, de su mudo amor por ella, una especie de culto que, a su propia observación, lo dignificaba y enaltecía. Pero, frecuentemente, constataba su impotencia, la debilidad de sus recursos humanos, y, en esos casos, le brotaba desde dentro como una rebelión sorda y expansiva que le conducía a la penumbra de la trastienda junto al insensible maniquí atiborrado de serrín. Se preguntaba si no buscaría efectivamente en aquel muñeco sin sangre, sin sensibilidad, un sustitutivo de la beldad animada y viviente, inasequible a sus posibilidades. Los días que Irene visitaba los Almacenes, Sebastián encontraba todo más triste y anodino que de ordinario. Los tenderetes de la Plaza del Mercado, colmados de encajes, botones, automáticos, herretes y horquillas, se le antojaban mudas expresiones de la mediocridad humana, lo mismo que los puestos ambulantes de castañas y frutas secas y la ampulosa oratoria del «doctor cubano». Respecto a éste, Sebastián había perdido toda su antigua fe en él. Recordaba su consulta en días pasados y la rotunda seguridad con que la adivinadora le afirmara «la fidelidad de pensamiento, palabra y obra» de la Aurora. Él sabía, ahora, que ambos formaban una pareja de soberanos farsantes que vivían de explotar la buena fe y la credulidad de sus prójimos. Muchas veces Sebastián se sintió tentado de chillarle esto en la cara, en plena Plaza del Mercado, mas su timidez conatural mitigaba sus deseos y había de contentarse con sabotearles solapada y clandestinamente, derramando de oído en oído la especie de que el doctor y su compañera eran dos redomados embusteros. En estos días en que su retina llegaba cargada del resplandor fulgurante de Irene, su casa se le aparecía más sombría y destartalada que nunca. El polvo y las pelusas se amontonaban en los rincones y los cristales de los balcones exhibían una extraña opacidad, fruto de la mugre acumulada en su superficie. La sebosa cazadora militar de Aurelia y los pingos llenos de lamparones que cubrían a medias la mesa camilla le imbuían una oscura sensación de podredumbre e impotencia. Sin embargo, cada día que pasaba se le hacía más difícil soportar el silencio de su hogar y la enconada hostilidad que encubría este silencio. Él hubiera deseado que la ruptura con la Aurora no aportase consecuencias perniciosas para su pequeño mundo. A punto fijo no sabía discernir sus sentimientos hacia su madre, pero desde luego prefería sus gritos desgarrados y aguardentosos, sus reacciones efervescentes y desabridas, a este silencio mortal, a este distanciamiento incomprensible entre seres consanguíneos que alientan y viven bajo un mismo techo. Por esto Sebastián husmeaba de continuo la manera de llegar a un entendimiento con Aurelia, y un día, quince después de la ruptura con Aurora, se le presentó una oportunidad de esclarecer este problema y él la aprovechó concienzudamente, constreñido por el temor de que esta distensión doméstica degenerase en una situación grave. Don Saturnino les anunció, un sábado, que en la

mañana del lunes despacharían en los Almacenes género blanco sin otro requisito que la presentación de la cartilla de racionamiento. Ellos podrían retirar subrepticamente lo que les correspondiese, pero se lo anunciaba para que advirtiesen con tiempo a sus amistades. Sebastián apreció esta noticia en todo su valor y, mentalmente, hizo el propósito de sacar de ella el mayor partido posible. (El género blanco escaseaba desde la guerra y lo poco que había, y cuando lo había, alcanzaba precios fabulosos.) Aquella mañana llegó a casa a comer como de ordinario. Aurelia sorbía la sopa con ruidosas aspiraciones y, de cuando en cuando, emitía un siseo sutil por entre los intersticios de los dientes. Al fin, en el instante en que Aurelia se limpiaba los labios con el envés de la mano, Sebastián balbució: — ¡Ah, se me olvidaba! Pasado mañana daremos género blanco en los Almacenes a precio de tasa. Quedó aturdido. Su voz había resonado como una bomba comprimida en la habitación y notó que la pequeña Orecia se estremecía de ansiedad. Aurelia aparentó no escucharle, pero, inmediatamente, interesada por el significado trascendental de la noticia, se volvió a Sebastián e inquirió con fingida indolencia: — ¿A cómo? Sebastián suspiró profundamente. La muralla comenzaba a ser expugnada. — No sé a qué precio vendrá marcado, pero desde luego barato. — Y, ¿cuánto dais? — Cinco metros por cartilla. Respondía Sebastián apresuradamente, casi sin dejar que su madre terminase de formular la pregunta. Quería, a toda costa, imprimir al diálogo una fuerza mínima inicial para que no languideciera antes de haberse roto el hielo por completo, antes de dejar asentada para lo sucesivo una atmósfera, al menos, de superficial cordialidad. De aquí que, al advertir el silencio de su madre a raíz de la última pregunta, prosiguió, atropellándose: — Por de pronto, yo podré traer a casa todo lo nuestro, lo que nos corresponda por las tres cartillas: quince metros. Pero vosotras — dijo «vosotras» con intención, deseoso de envolver a la pequeña en aquella incipiente corriente de efusión — podéis avisar a vuestras amigas para que vayan pronto; yo las atenderé. Además, es fácil que se forme cola, y así no tendrán que aguardar. El género blanco tuvo la extraordinaria virtud de disolver en un instante el enfurruñamiento de Aurelia. (La posibilidad de recorrer el barrio anunciando la primera la grata nueva suponía, para una mujer, un privilegio excepcional.) Por la noche pidió nuevos datos y detalles a Sebastián, y así, de una manera casi imperceptible, volvieron a la normalidad las relaciones entre madre e hijo. En cuanto a la niña, las cosas se encauzaron una noche, dos días más tarde. Sebastián se había acostado ya, cuando se oyó en la casa uno de aquellos frecuentes gritos angustiados con que la Orecia daba salida de su cuerpecillo a sus supersticiosos terrores. Sebastián se tiró de la cama y corrió hacia su cuarto. La niña se revolcaba en la cama, boca abajo, dando gritos incoherentes. — ¡Un ojo horrible!... ¡Ahí, ahí... en el balcón! ¡Es un ojo marrón muy brillante! ¿No lo ves? ¡Ahí... ahí mismo, en el agujero! Sebastián miraba en derredor desorientado, como siempre que atacaba a la Orecia una crisis nerviosa. Se sentó al borde del lecho y pasó a su hermana un brazo por la espalda. El contundente contacto con los huesudos hombros de la niña le estremeció. — Vamos, Orecia, no hagas caso, ya estoy yo contigo, ¿no me oyes? Ahora vas a dormirte como una niña buena, ¿verdad, bonita mía? La estrechaba contra sí en un impulso concentrado de ternura. Las lágrimas le temblaban en los ojos al sentir que la Orecia se dejaba estrujar dócilmente, sin oponer la menor resistencia. Él prosiguió: — Esas historias de los ojos son tonterías, ¿no es cierto, pequeña? Se incorporó ella instantáneamente: — ¡Oh, no, no son tonterías! ¡Lo he visto bien claro, Sebastián! Estaba ahí, ahí — señalaba el agujero redondo de la contravidriera por donde saliese un día el tubo de una estufa —, con una horrible expresión de loco... — Sí, tonta, pero ya no está, ¿no lo ves? Sería algún curioso que pasaba por la calle. No debes asustarte, cariño mío. Ya se ha ido, tú misma puedes verlo. ¡Anda! Échate otra vez, así. Verás qué bien vas a dormir ahora. Yo me quedaré contigo un rato, hasta que te serenes. Y mañana te taparé ese boquete con una hojalata. Así no volverás a tener miedo nunca, nunca... Los sollozos histéricos de la niña habían amainado, pero sus hombros huesudos estaban fríos como el mármol. Aquella noche no había corte de luz, y la lamparita débil que lucía a la cabecera de la cama ayudaba a Sebastián a tranquilizar a la pequeña. Hizo un esfuerzo para añadir: — Además, quiero que me perdones por lo del otro día... cuando te pegué. Me pusiste furioso, ¿sabes? Pero estoy muy arrepentido de haberte golpeado. Fue un pronto, ¿comprendes? Pero yo te prometo, cariño mío, que aquello no volverá a repetirse. La Orecia gimoteaba y, de vez en cuando, emitía un ronco e irreprimible sollozo. A Sebastián le movió una espontánea piedad por ella al girar sus ojos por la habitación. Fuera del catre, un armario sin fondo, desvencijado, la mesilla de noche y una silla de paja, no se veía otra cosa que las paredes desnudas, agrietadas y llenas de desconchones. La Orecia le miraba ahora suplicante. — Pero no te casarás con la Aurora, ¿verdad? La estrechó nuevamente. — No, mi niña; eso ya pasó. Ahora seguiré viviendo siempre contigo y, cuando seas más mayor, la que se casará serás tú con un hombre muy guapo y muy rico. Y yo iré a comer a tu casa los domingos. Me darás paella y solomillo y, después de comer, jugaremos los tres al parchís alrededor del brasero. — Eso no, Sebastián. Tú sabes que yo no me voy a casar nunca. — ¿Por qué, cariño? Tú te casarás, claro que te casarás, y habrá muchos hombres que se peguen por que tú los quieras. Ya verás: yo te regalaré bonitos trajes, y a la salida de misa, los domingos, todos los muchachos querrán pasear contigo. La niña curvó los labios en un rictus de amargura. — A mí no me querrá nadie, ni yo tendré nunca

trajes bonitos. Tú lo sabes de sobra, Sebastián. Se inclinó él hacia ella. —No seas tonta, mi niña. Desde hoy todo va a ser distinto. Tú vas a divertirme mucho, ¿sabes? Bajarás a jugar a la calle todos los días con otras niñas de tu edad. Tienes que tomar el aire y el sol y jugar, jugar mucho. Así te pondrás muy alta y muy guapa y todos te envidiarán y te querrán. La sonrisa de escepticismo de la Orenca le heló la sangre en las venas. —A mí nadie me quiere para jugar con ellos. Se rien de mí... de mí y de todas nuestras cosas... «De todas nuestras cosas.» Sebastián evocó la facha de su padre, el pedicuro, la suya propia, sus amores con la Aurora, la triste fama de borracha de la Aurelia, y comprendió que las niñas de la edad de Orenca tenían un material inagotable para la mofa antes de llegar a un entendimiento mediante las tabas, la comba o el diábolito. —No te preocupes, anda. Ahora quiero que te duermas y que no pienses en nada. Todo lo arreglaremos. Ya verás como todo lo arreglamos a su tiempo. Ahora debes dormirte tranquila, ¿me oyes, pequeña? Ninguna cosa hay tan importante como para que tu cabecita se preocupe por ella. Ya somos amigos, y ahora debes dormir tranquila, muy tranquila, ¿oyes, pequeña?... Tranquila... muy tranquila... Sebastián se había enderezado y repetía maquinalmente las palabras «tranquila... muy tranquila», cada vez en tono menor. Aproximó cuidadosamente la mano a la llave de la luz y la apagó. Luego salió de puntillas del aposento, musitando aún: «Tranquila... tranquila... muy tranquila...». La noticia se difundió con la violencia de un cañonazo. Todo el barrio conocía a la Germana, y su espeluznante fin dio nueva oportunidad de cotilleos y comentarios en torno de las camillas, a la puerta de la iglesia, en las tabernas y en la cola del cine. Las misteriosas circunstancias que concurrieron en la muerte de la Germana prestaban un incentivo desusado a las conversaciones. La Germana estuvo el domingo último en el baile y nadie advirtió en ella la menor anomalía. No obstante, la Germana estaba ya de siete meses, y en la noche del lunes al martes, inopinadamente, se presentó el parto. La chica era soltera, y, conforme al plan que previamente se había trazado para ocultar su deshonra, no despegó los labios ni derramó una sola lágrima en el curso de las ocho horas interminables que el chico tardó en abrirse camino. A las seis en punto de la mañana la Germana dio a luz un niño sietemesino, lo envolvió en una manta y, sin hacer demasiado caso de la hemorragia que la desangraba, inició el camino del almacén de sacos que su padre tenía en la planta baja. Una voz trepidante, inopinada, cortó bruscamente el curso de sus movimientos. —¿Qué haces ahí a estas horas, condenada? La Germana comenzó a temblar. Cuando volvió la cabeza divisó a su padre en lo alto de la escalera, en tirantes, con el pelo revuelto y sosteniendo en la mano una palmatoria. Se frotó los ojos legañosos, miró en torno y añadió horrorizado. —Pero... pero... ¿es esto posible, Dios de los Cielos?... El señor Amando se negaba a admitirlo y miraba alternativamente a su hija y a aquel manojito de carne amoratada, rebelándose a establecer entre ambos, ni siquiera mentalmente, la menor concatenación. De repente, sin una palabra, soltó al chico y se dirigió hacia la Germana con todos los músculos crispados: —¡Maldita! Pero ¿tú sabes lo que has hecho? ¿Sabes el crimen que has cometido, mala pécora? La Germana, debilitada por el parto, se desmayó a los primeros golpes. El señor Amando la dejó allí, abandonada y sin sentido, a dos metros de distancia del niño muerto. Cuando una hora más tarde, ya más sereno, regresó al almacén, lo primero que vio desde lo alto de la escalera fue la silueta movediza, proyectada por la palmatoria sobre el tabique de enfrente, de unas piernas y unos pies agarrotados oscilando en el vacío; al inclinar el busto sobre el vano divisó a la Germana colgada de una viga por una cuerda hecha con tiras de saco. Ésta era la versión que con leves variaciones de detalle circulaba por el barrio. Había quien decía que a la Germana la había ahorcado su padre, pero no debía de ser verdad, pues el señor Amando quedó libre desde el primer momento. Lo cierto fue que por tapar un pecado se cometieron otros dos mucho más monstruosos que el primero y que el barrio de Sebastián, ante un hecho tan infrecuente y plagado de aristas melodramáticas, se olvidó por completo de él y de su ruptura con la Aurora. Con este olvido, y los armisticios firmados con Aurelia y la pequeña, Sebastián volvió a disfrutar de unos días de relativa tranquilidad. Las aguas retornaban a su cauce y las consecuencias de la riada no aparentaban ser tan fatales como en un principio imaginó. Sin embargo, a los tres días de suicidarse la Germana, Sebastián tuvo un sueño horrible que le sumió nuevamente en sus preocupaciones y quebraderos. Soñó con una mujer que a ratos era la Aurora y a ratos el insensible maniquí de los Almacenes. De todas formas era siempre un pelele aplomado y sin vida, colgado por el cuello, con una tira de encaje, de una de las viguetas de la trastienda. A sus pies cabrioleaba un hombre cuyas facciones oscilaban entre las del joven de la bufanda amarilla y las de Emeterio. Tanto cuando era uno como cuando era otro, sus carcajadas resonaban con un matiz lúgubre mientras hacía cosquillas en los sobacos de la mujer colgada con un mondadientes rayado como la vara del metro. En el fondo de la trastienda se apilaban unos sacos hechos con las piezas de colorines que figuraban en los estantes de los Almacenes y que constituían un conjunto abigarrado y detonante. Encima del montón había una criatura informe, colgada también de una vigueta por el cordón umbilical. Sebastián estaba allí, acurrucado en un rincón, sin atreverse a hacer ningún movimiento; pero, de repente, entraba furibundo don Saturnino injuriando al seductor de la bella Irene, cuyo hijo, por lo visto, era aquel que pendía del cordón umbilical, aun cuando había sido concebido en las entrañas del maniquí que

guardaba las proporciones anatómicas de la Aurora. Todo resultaba muy confuso e irreal. La pequeña Orenca irrumpló detrás de él, suplicándole que perdonase la vida a su hermano, pero el señor Suárez se mostraba irreductible. De improviso la niña descubría los sacos de colores y, olvidada de todo lo demás, se embutía coquetamente en uno mientras se miraba en un espejo que se levantaba en un rincón y cuya superficie chorreaba mugre como los cristales de su casa. Poco después irrumpló en escena Aurelia, muy rígida, ataviada con un traje largo y con una cola inmensa de género blanco. Se dirigía hacia el joven de la bufanda amarilla, quien le entregaba, pinchados en el mondadientes, tres billetes gordos, sin cesar de lanzar gruesas risotadas por ello. Aurelia, recibido el dinero, daba media vuelta y abandonaba la estancia, después de descubrir a Sebastián, trémulo en un rincón, y lanzarle una mirada despectiva. Don Saturnino siguió la dirección de la mirada de Aurelia y le vio también, acurrucado allí, y en ese instante sus labios se distendieron en una sonrisa sardónica y se le hinchó hasta adquirir unas proporciones enormes la vena de la frente. Se encaminó hacia él y cuando estuvo a su lado comenzó a patearle sañudamente con unas botazas inmensas, sembradas de tacos prominentes, como las usadas para jugar al fútbol. Al tiempo que lo pateaba le decía no sé qué alusivo a los «puntos negativos que se habían perdido por su culpa», y Sebastián, lejos de impetrar clemencia, vociferaba — ¡él, que en su vida había asistido a una corrida de toros! — que respetase su integridad, ya que era taurófilo y «pepeLuísista» por añadidura y que nada había tenido que ver con aquellos malhadados puntos negativos. Entonces se despertó. Un silencio opaco le rodeaba y constató que tenía su liviano cuerpo empapado de sudor. El corazón le redoblaba con un frenesí análogo al que le estimulaba en presencia de Irene y tardó en discernir que aquel tictac sordo que le golpeaba los oídos desde hacía un rato provenía del despertador de Aurelia y no de lo hondo de su pecho. Jadeaba Sebastián como si la paliza recibida del señor Suárez fuese algo real. Permaneció unos minutos sin moverse, con los ojos muy abiertos, pretendiendo deslindar los objetos en la oscuridad. Luego se le representó con cruel exactitud la sucesión de imágenes que turbaron su sueño y sintió un escalofrío que le sacudía los nervios como un latigazo. Le dolía la nuca con intensidad y se colocó de lado para evitar la presión de la almohada. El corazón continuaba brincándole, insólitamente excitado. Inmediatamente pensó en la posibilidad de que la Aurora pudiese cometer una insensatez semejante a la de la Germana. Sus circunstancias eran exactas y resultaba factible imaginar que buscase la liberación de su vergüenza por unos procedimientos análogos. (Era muy frecuente, sobre todo en el barrio, que el honor perdido por un pecado intentase recuperarse con la comisión de un pecado mucho mayor.) Esta idea lo aturdió. En el fondo de su ser se atribuyó un poco de culpabilidad y se desazonó aún más. Rebullía entre la ropa revuelta a punto de gritar, como la Orenca, para desahogarse de aquella tenaz presión que le oprimía los pulmones. Respiraba trabajosamente como si estuviese enfermo. «Bueno, si lo hace, peor para ella. Yo no tengo la culpa de nada. Yo no he hecho nada. ¡No he hecho nada!», pretendía tranquilizarse. Pero no logró recuperar el sueño hasta que la primera luz de la amanecida irrumpló por las rendijas del balcón. Al día siguiente le fue difícil contemplar a don Saturnino con los buenos ojos de siempre. Le veía airado, odioso con aquella risa sardónica y la prominente vena surcando su amplia frente. Parecía un San Ignacio vengador y cruel, un San Ignacio anterior a su conversión. Lo mismo le ocurrió con su madre y con la Orenca. Pero lo peor fue que a la noche siguiente se repitió la pesadilla con mordientes innovaciones. Era un proceso confuso y alborotado donde nada, ni personas ni cosas, guardaba la menor consecuencia. Las imágenes, encarnando ideas y conceptos, formaban un mundo caótico y desordenado, sin concatenación ni lógica en sus movimientos y reacciones. Mas todo giraba alrededor del maniquí suspenso de una viga, de la criaturita informe y amoratada, pendiente del cordón umbilical y de las botas de tacos golpeando brutalmente su vientre lacio y voluminoso. Sebastián se despertó de nuevo e intuyó que aquella pesadilla era como una advertencia. Había oído decir a Manolo que cuando se soñaba con muertos, a la mañana siguiente aparecía fatalmente un cadáver en la vecindad. Aquello le alarmó, acreciendo su desasosiego. Si los sueños eran avisos, Aurora terminaría sus días ahorcada como la Germana; todo por haberla abandonado él, cuando ella estaba persuadida de haber encontrado un padre para su hijo. En las noches siguientes la pesadilla se repitió. Diríase que era el mismo terror de Sebastián al acostarse lo que implicaba su recalcitrante reiteración. Sebastián temía quedarse dormido, pues aborrecía aquel espectáculo viscoso y helado, que le sumergía en un clima espectral y ominoso donde sus nervios eran sacudidos por unos dedos invisibles, como las cuerdas de una guitarra, y su alma se poblaba de lúgubres vibraciones. De esta manera su resistencia física iba enervándose, se doblegaba azuzada por las macilentas imágenes. De día deambulaba como una sombra, sus ojos ribeteados por oscuras ojeras y la faz pálida y consumida. Sus brazos entecos semejaban nerviosos tentáculos de pulpo que reaccionaban como sacudidos por corrientes eléctricas. Llegada la noche, Sebastián se aterrorizaba, todos sus nervios se crispaban ante la dura disyuntiva de renunciar a dormir o someterse a la tensión agobiante de la implacable pesadilla. Una tarde ventosa, en los últimos días de febrero, al regresar a su casa procedente de los Almacenes, una ráfaga de música de órgano alcanzó sus oídos en el momento en que una viejecita enlutada empujaba la puerta del

convento de los capuchinos. Sebastián se detuvo en medio de la calle y contempló con simpatía aquellos sólidos muros. De repente, sin vacilar, cruzó la calle y se zambulló en el convento. Una vaharada de indecible paz le envolvió. Apenas cuatro viejecitas enlutadas se sentaban en los bancos y rezaban como si lanzasen al aire interminables rosarios de besitos. En el altar lucía la candelita azul como el aliento de un alma virgen. De cuando en cuando la insignificante lamparita arrancaba del soberbio retablo unos deslumbrantes reflejos de oro. En el coro sonaba modulada y hueca la música del órgano, ensayando la misa de once del próximo domingo. Todo emanaba una apacibilidad sedante, mansa y confortable. Sebastián se santiguó con agua bendita y le pareció que sus nervios y músculos se relajaban con aquel húmedo y breve contacto. Sus pisadas resonaban en el pausado ambiente y terminó caminando de puntillas para evitar los dilatados ecos que rompían el estático reposo de los hombres y las cosas. De nuevo se le antojaba que se hallaba muy lejos de su barrio, a cientos de miles de kilómetros, al margen de sus vicios y pasiones. Se le hacía, de repente, que la Iglesia, el Cristianismo, todo cuanto en el mundo existía de religioso y espiritual se recogía allí, en aquella gigantesca pausa circundada de piedra, en aquel quieto y tenebroso convento donde sólo trascendían los suspiritos de las cuatro malolientes viejas postradas ante la divinidad. Sebastián se arrodilló. Las miserias e iniquidades de su barrio, de la ciudad entera, su propia turbación, el recuerdo de la Germana y la hirviente pesadilla que le atormentaba aquellos días se desplazaban a un plano inasequible y lejano. Las moduladas inflexiones del órgano le entraban profundamente, ocasionándole la extraña impresión de que le cepillaban por dentro con un cepillo de plumas. Había dejado caer la cabeza sobre los brazos y un sollozo le subió a la garganta. Entonces experimentó la imperiosa necesidad de ver y hablar a aquel cura de las barbas. Sintió dentro de sí un algo trascendente y vago, una especie de niebla viva y fugaz que aligeraba la pesadez de sus miembros. Y recordó de pronto la bocanada de aliento blanco que brotara de los labios cárdenos de la señora Zoa en el instante de expirar. Los insomnios de aquellas jornadas, los zumbantes dolores de cabeza, el torbellino espiritual en que se debatía no existían ya en él, aparentaban disolverse caldeados por aquella brizna de luz azulada que brillaba en el altar. Penosamente se incorporó Sebastián. Era muy rara la sensación que le acuciaba; era como la constancia de una realidad espiritual de que había dudado, que se había negado a admitir y que ahora, repentinamente, le conmovía con una ternura inexplicable. Anduvo vacilante hacia el lugar que ocupaba la vieja más próxima. Ya a su lado, la vio estremecerse al escuchar de sus labios el inesperado y tenue susurro: —Todos los padres de aquí tienen barbas; si no me da usted otros detalles... A la vieja le había disgustado la interrupción de sus oraciones y le respondió en tono desabrido, pero Sebastián no estaba dispuesto a dejar escapar la oportunidad: —Sí, señora; le daré más detalles. Predicó aquí, desde ese pulpito, hace cuatro domingos. Hablaba del alma y del cuerpo, ¿comprende usted? Decía del alma que es un negocio importante... El negocio más importante... —El padre Matías. ¿No tenía una verruga aquí, en la mejilla derecha? —atajó, rápida, la anciana. Sebastián vaciló: —No me fijé, no le puedo decir; está esto tan oscuro... —El padre Matías es quien predica aquí los domingos por la tarde. Pregunte usted por él allí. La vieja retornó a sus impacientes rezos, después de señalarle la misteriosa puertecilla a la derecha del altar. Sebastián caminó de puntillas hacia la puerta. Al aproximarse al altar aumentaban de tamaño las figuras del retablo y se oía crepitar la candelita. Abrió la puerta y su cabeza rozó con una cuerda pendiente del techo. En un visible letrero, sobre el muro, decía lacónicamente: «Llamad». Sebastián tiró de la cuerda y la voz estridente y alegre de una campana lo asustó. A poco surgió de las tinieblas del corredor un cura con unas barbas enmarañadas y unos ojos extraordinariamente móviles y vivarachos. Unas cejas como las cerdas de un escobón, negras y en punta, los protegían. — ¿Qué desea usted? —El padre Matías, si me hace el favor... Querría... querría hablar con él. — ¿Confesarse? El cura era de un laconismo tan acentuado como la advertencia del muro. —No, no... hablar con él un momento... Nada más. — Espere fuera, tenga la bondad. Sebastián regresó al templo y se sentó allí, en uno de los largos bancos laterales. Sus piernecillas pendían en el vacío, pero por primera vez en la vida no experimentó vergüenza de su mezquina estatura. Sin embargo, advertía de pronto que no tenía nada que contarle al padre Matías; es decir, había mucho que confiarle, pero Sebastián sintió repentinamente una irreprimible avaricia de sus confidencias. Estuvo a punto de echar a correr y dejar plantado al padre, pero una inconcreta sensación de serle conveniente aquel paso le animó a perseverar en su espera. A los diez minutos oyó pasos blandos en el corredor y los goznes de la puerta claveteada gimieron al abrirse ésta. Sí, era él. No había duda. La inconfundible silueta del muro estaba allí, ante él, hecha carne y vigor. — ¿Preguntaba por mí? A Sebastián le parecía que el convento entero, en una lluvia mortal de pedruscos amorfos, se desplomaba sobre él. Se levantó. —Sí... sí, padre... Era que... querría... es sólo un momento, ¿comprende? Le hipnotizaba aquella verruga sobresaliendo de la pálida tez, redonda, húmeda y brillante como una diminuta boñiga; la verruga y las bocamangas enormemente abiertas de la sotana que, con sólo mirarlas, le hacían tiritar de frío: — Deseaba... pero a lo mejor le he quitado a usted de sus ocupaciones, padre... y... y... —No se preocupe, hijo. Quiere que charlemos un rato, ¿no es eso? Venga conmigo. Tenía una mirada absoluta y firme el padre aquel.

Sebastián comprendió que aunque hubiese conseguido ponerse frente a él cuatro domingos atrás, no se hubiera atrevido a exponerle uno solo de los argumentos contrarios a sus afirmaciones. Atravesaron la amplia nave y el padre Matías se sentó en un rincón oscuro, en la parte posterior del templo. —Venga, siéntese a mi lado y no tema nada. (Le había cogido una de sus horribles manos, achatadas y deformes, y Sebastián experimentó el calor de su sangre a través de la piel. Le acuciaron unas invencibles ganas de llorar al sentirse protegido, envuelto en un desconocido hálito de afecto. Y lloró, al fin, lloró durante un rato, con unos sollozos densos y contenidos, apoyado contra el áspero hombro de aquel cura de las barbas contra el que, días atrás, le había empujado una rebeldía indómita. Según lloraba, conforme su frente golpeaba convulsivamente el hombro del fraile, se convencía de que el alma existía, de que era una verdad portentosa que la carne no era suficiente para ocultar. Al fin se serenó. La voz del cura a su lado le acariciaba interiormente.) —Dime, hijo, ¿qué es lo que te ocurre? Sebastián ignoraba cómo empezar. Balbució torpemente algunas palabras, y luego, casi sin darse cuenta, se encontró hablando y hablando, con una fluidez desusada, descongestionándose, sintiendo, por vez inicial en su vida, el desahogo de la confidencia: —Yo le oí a usted un domingo, padre... decía... Hablaba del alma. El alma es lo primero para ustedes. Usted decía que el alma es lo fundamental, lo primero para un cristiano. Yo... a mí... hay cosas en la vida que no se explica uno, padre. Todos los que nos rodean son cristianos y, sin embargo, no se preocupan de cumplir como cristianos. Hay muchos pecados por ahí fuera, padre, muchos más pecados de los que usted se figura. Ninguno cumplimos como debemos. El alma es hoy un trasto y nadie se preocupa de ella mientras tiene salud. Luego sí, padre, por si acaso... Todo esto... esto es muy extraño, ¿sabe?, y... — ¿Dudabas del alma, hijo? La verruga del padre Matías se dilataba al hablarle. Sebastián la contemplaba fascinado, agradeciendo a Dios aquel fenómeno epidérmico del fraile, ya que mirándole a los ojos profundos y graves no hubiera acertado a expresarse. —Todo está lleno de miseria, padre. A la gente sólo le preocupa el dinero, la comodidad, y... y... bueno, las diversiones. Ahora el cura se golpeaba la palma de la mano izquierda con el índice de la derecha. — ¿Y vas a dudar, hijo, porque los buenos y los honrados sean pocos? Todo lo perfecto o casi perfecto escasea, pero no quiere eso decir que no exista. La belleza en los hombres y en las cosas, el equilibrio, es muy difícil de encontrar, ¿no es cierto? Sebastián asentía con la cabeza. El fraile prosiguió: —Los hombres se hostigan y se matan por el dinero, tienes razón. Se querellan, se insultan y se mofan unos de otros. Todo eso es verdad, pero no prueba nada. La honradez y la dignidad del mundo es como el agua en un colador. —Se quedó un momento pensativo, como si su imagen fuera excesiva. Mas al instante continuó, ratificando su aserto con un golpe propinado con el dedo índice en la palma de la otra mano—: Sí, seguramente es así. La honradez humana es como el agua en un colador —repitió—; se escapa a chorros. Cada hombre que nace abre en él un nuevo agujero. Todo eso es cierto, hijo, pero no debe llevamos a desesperar. Cristo sólo encontró doce apóstoles y era Cristo. ¿Qué hay de extraño que nosotros no hallemos en derredor ni siquiera doce justos? —Hizo otra pausa y durante ella la verruga se redujo a sus límites primitivos. Al menos a Sebastián le hizo este efecto. Las palabras del fraile iban calando en él, despertando en su pecho una vaga ansiedad. Se figuraba Sebastián que la sensación que experimentaba debía de ser análoga a la de la tierra sedienta cuando, al fin, se la otorga el privilegio de empapar el agua de una nube—. Eso no impide —añadió el fraile— que existan almas nobles y honestas, más estimables y meritorias por su escasez. Su misión es bien clara, hijo, tan clara como abnegada. Esas almas deben darse prisa en tapar los agujeros que otras almas perdidas abrieron. Sólo eso podrá evitar que la humanidad pierda su dignidad íntegramente. ¿Me comprendes ahora? Sebastián le miró a los ojos, dubitativamente: —Creo que sí, padre. Pero entonces... entonces es necesario renunciar de antemano a la menor felicidad. Sonrió el padre y la verruga tomó una forma ovalada: —La felicidad no se encuentra donde tú crees. La felicidad está en la paz interior. Sebastián estuvo a punto de dar un grito. Deducía, aplicando a su caso las palabras del cura, que logrando su paz interna, un sedante espiritual, terminarían para siempre sus congojas y pesadillas. Indagó tímidamente, con mal reprimida ansiedad: — ¿Y la paz interior, padre? —La paz interior, en el orden de los instintos. (Aquello no estaba tan claro para Sebastián. Quizá aquel hombre empleaba términos demasiado elevados para su rudimentaria formación intelectual. Intuyó, sin embargo, que sus devaneos con el maniquí de la trastienda, la borrachera del día de su ascenso eran «instintos desordenados», e «instintos desordenados» eran también los que empujaban al señor Sixto a amasar ilegalmente una fortuna, al recluta a conducir a la marmota a las afueras, a la Germana a matar a su hijo, a Hugo a vivir con una furcia y a los mozalbetes del barrio a las escandalosas insinuaciones gráficas que decoraban las paredes de su portal.) El padre Matías le miraba con sus ojos escrutadores, como si siguiera paso a paso, con todo detalle, la evolución de sus pensamientos. Sebastián se sentía, de improviso, trascendente, sujeto a una misión insospechada y de dilatadas perspectivas. El fraile se levantó y él se puso de pie a su lado. —Se acerca la hora de nuestros rezos, hijo. Voy a dejarle. Acuda aquí cuando le venga en gana. Y no lo olvide: es el alma lo que merece toda nuestra atención. No le importe ser un incomprendido en este mundo de bajas pasiones. Las demás almas nobles le comprenderán a usted. Y

eso es lo importante. Recuerde que la carne es sólo una pella de barro y el alma el soplo de Dios. Hasta otro día, hijo. («Una pella de barro y el alma el soplo de Dios», se repetía Sebastián. Y al pensar en sí mismo, en Hugo, en la Germana, en el señor Sixto y en los mozalbetes de su barrio, se figuró a un ejército de muñecos de arcilla, grotescos y amorfos, desafiando paladinamente la omnipotencia del Creador. Aquello era la ruina, la ciega, la impasible rebelión del barro.) Sebastián se quedó paralizado mirando la candelita lejana que ardía en el Sagrario. Boquiabierto vio alejarse al fraile y, cuando le quiso decir «adiós», desaparecía ya por la puertecilla de la derecha del altar. Tuvo que sentarse, impelido por el reciente conocimiento de su propia trascendencia. Se miró las manos y sonrió: «¡Bah, bah, barro asqueroso!», se dijo con un hilo de voz. (Y deseó muy vivamente reír con todas sus fuerzas, como hacía mucho tiempo que no se había reído.) Cuando abandonaba la iglesia volvió a tropezar con la devota de San Bruno. Se detuvo y la observó nuevamente. Todo se repitió como cuatro domingos antes. La muchacha se arrodilló, abrió los brazos en cruz e inició su pedigueña retahíla: — ¡Oh, San Bruno bendito, escucha a tu sierva Isabel! ... Te ruego, San Bruno, por mi madre, por mi padre, por mis abuelos y por mis hermanos... Sobre todo por mi hermano Benjamín, santo bendito, que es un redomado sinvergüenza. Protégelo, San Bruno, y haz que vuelva sus ciegos ojos a ti... También, San Bruno, te pido por mis tíos y por el novio de Estefanía... Haz, santo bendito, que ninguno se muera nunca... pero nunca, nunca, nunca, ¿oyes? Que todos nos conservemos siempre en la tierra para alabarte y bendecirte. Pero siempre, siempre, siempre, y todos, todos, todos, ¿oyes?... Te pido, San Bruno... Sebastián salió a la calle. El viento impetuoso le despeinó y le pareció que arrancaba de cuajo de su cabeza todas sus congojas y pesadumbres. Capítulo Undécimo. Sebastián apreciaba que aquel cambio que durante veinte años anhelase cada mañana al despertar se había producido en su interior casi sin darse cuenta. Al lado de esta honda transformación nada significaba su ingreso en los Almacenes, el rápido ascenso a dependiente, las fugaces relaciones con la Aurora... Esto no eran más que facetas de un mismo prisma que reverberaban la luz de un modo diverso sin que la génesis de esta luz se modificase por ello; los reflejos eran distintos, pero la luz era la misma. En cambio, ahora todo era diferente sin que, en apariencia, el curso de las cosas se hubiese alterado para nada. Comprendía Sebastián en estos días que el hombre porta dentro de sí el cromatismo de las cosas, que la trascendencia de un acto depende de nuestra conformación interior y no de las circunstancias superficiales que lo acompañan. Por primera vez experimentaba la pujanza de un alma vitalizando su pobre carne; imprimiendo a su obtusa existencia un signo y dotándola de una concreta finalidad. Sus cavilaciones no concluyeron después de su entrevista con el cura de las barbas, pero sí sufrieron una absoluta metamorfosis y dejaron de ser las lancinantes pesadillas que le agujoneasen hasta entonces. En los días y noches siguientes a su visita al convento, Sebastián reflexionaba en todo lugar y a cualquier hora. Para él significaba mucho saberse portador de un alma que era susceptible de pulirse y perfeccionarse. «El cuerpo no se elige —se decía— pero el alma sí; cada uno hacemos de nuestra alma lo que nos apetece que sea.» Y este convencimiento constituía el cimiento de un proceso cerebral que acababa llevándole a regiones absurdamente irreales, sin que su imaginación admitiese límites ni topes estranguladores que chafasen en flor sus anhelos de felicidad. Para él suponía un deleite inconcreto cuidar del alma recién descubierta. Ponía en ello una meticulosidad inefable, como si en vez de vigilar el desarrollo de un alma se tratase de sacar adelante una docena de patitos recién empollados. Todos sus actos y proyectos convergían en esa escueta finalidad. Un afán concienzudo por extraer su espíritu de la atonía en que había estado sumido le espoleaba, le animaba a buscar obstáculos que salvar y contrariedades en que fortalecerlo. Su propia imperfección corporal era un incentivo más en el camino propuesto... Él acostumbraba a decirse que su torpe y desairada constitución era un vicio de origen que se vería forzado a arrastrar aunque viviese mil años. El carácter ineluctable de su deformidad le deprimía, cuando pensaba en ello; pero de repente todo cambiaba por completo. La persuasión de que por debajo de su piel se escondía un algo intangible, mucho más valioso que el mismo cuerpo, le imbuía de una suave emoción y una ternura infinita; era una emoción semejante a la que invade a los hombres al enterarse de la prolongación de su ser en un hijo recién nacido. Aquella alma, cuya presencia sentía dentro como un blando aleteo, podía ser como una nube de blanco algodón, un retazo de fina niebla que se adaptaba a las paredes internas de su cuerpo, o una llamita tenue, azul y crepitante como la candelita que ardía perennemente en el altar de los capuchinos. Su contextura no le desazonaba. A veces pensaba también que el alma era un globo muy blanco e inflado, sin contornos evidentes, al que los pecados, como saquillos macizos de lastre, encadenaban a la ruindad de la tierra; bastaría liberarle de ellos para que el alma, desgajada y libre, se remontase airosa y rauda hasta un reino lleno de luz donde no se conocían el odio, las bajas pasiones ni la miseria. A Sebastián no se le había ocurrido dudar de la existencia del alma, aunque tampoco reparase nunca en su trascendencia. Acostumbraba a ver que el alma, para los hombres, no significa una rémora, ni siquiera un motivo de preocupación. Los humanos vivían su vida sin darle excesiva beligerancia y esta postergación cundió en él, haciéndole pensar que el alma no debía de ser, en verdad, demasiado importante. Al morir los hombres, sí. Entonces llamaban

apresuradamente al cura para que pasase sobre la carroña acumulada en sus espíritu la húmeda esponja de la absolución, que todo lo borraba. Lo hacían con un asomo de temor supersticioso, removidos interiormente por el vago recuerdo de los días infantiles, cuando sus madres y sus maestros les inoculaban la idea del odio al pecado mortal. Entre la infancia y la muerte los pecados se acumulaban en una gigantesca pira que no sacaba al hombre de su indiferencia. Algunos iban los domingos a misa. En realidad era un sacrificio que costaba bien poco. Otros ni eso. Eran coleccionistas de pecados de todos los colores y matices. Mas, cuando la oscuridad inviolable de la tumba amenazaba con zamparse bonitamente sus cuerpos, unos y otros se acordaban de improviso de la posibilidad de una vida posterrena y llamaban al párroco a grandes gritos. Sebastián pensaba, cuando se enteraba de alguna de estas conversiones in extremis, en un momento en que todos los hombres eran buenos, que mejor le hubiera ido a él viviendo siempre en un mundo de moribundos que no tener que convivir con seres ahítos de una atormentadora vitalidad. Esta indiferencia de su barrio, de la ciudad entera, por todo lo que no fuese tangible y evidente arrinconó en Sebastián toda inquietud espiritual. Él no era de los que dejaban hasta la misa, pero su alma le costaba bien pocas cavilaciones y no era, desde luego, de esos expertos catadores de la buena conciencia que se confesaban con frecuencia periódica, aunque en cada período volviesen a caer en unos mismos pecados. Sebastián advirtió desde niño que el alma, su integridad, no hacía vacilar a nadie a su alrededor, y creyó que cuando los hombres se comportaban así sería porque aquello no merecía la pena. Pero, de pronto, la muerte de la señora Zoa, primero, las palabras del cura de las barbas, después, le despertaban a una idea nueva, mucho más humana y verosímil que la que hasta ahora había guiado sus pasos. El alma constituía una realidad simple, y del complejo humano era ella lo único fundamental. Él había visto en la vida muy pocos muertos. Apenas recordaba el cadáver de su padre yaciendo en un ataúd negro, del tamaño del de un niño, y últimamente el descarnado y enlutado de la señora Zoa. Pero al evocarlos ahora, experimentaba una sensación profundamente clara de que allí no quedaba apenas nada de su padre o de la señora Zoa. Eran unos amorfos pedazos de materia, un cárdeno montón de pienso para los gusanos. Aquella rigidez amoratada de los miembros, aquella mueca póstuma dibujada en el rostro con el postrer rechinar de dientes y el último movimiento muscular voluntario daban idea de que allí se había consumado un desligamiento, una recentísima escisión. De un lado quedaba aquel cuerpo, tieso y frío como un garrote; al otro, en una región inaudita e inasequible para los vivos, permanecería el alma durante un tiempo interminable. Aquello no era, pues, el sueño eterno, sino un eterno despertar. Estos procesos mentales reavivaban en Sebastián la idea de perfeccionar su alma. Habitado a considerarse como un desecho humano sin posibilidad de modificación, acogió la oportunidad de pulir su alma con una secreta alegría. No, no tenía por qué ser siempre como había sido. Cabía hacerse un hombre completamente diferente, con una misión y un objetivo definido y escueto. El alma era lo primero y era el alma precisamente lo que le brindaba la ocasión de transformarse. «En un caballo —se decía—, puede ser su línea, la pureza de su sangre, lo primero; pero, en el hombre, lo esencial es el espíritu. Se es hermoso o feo involuntariamente; no se elige el cuerpo, como no se eligen los padres; pero para el alma, como para la esposa, siempre hay opción.» Y, al meditar en estas ideas, mil veces repetidas en su cerebro, le estimulaban unas ansias desconocidas. A menudo rememoraba su entrevista con el padre Matías. En esos casos, si tenía ocasión, se contemplaba largo rato en un espejo. Elevaba las dos manos a la altura de la cabeza y, al verse reflejado en la pulida superficie, sonreía e inmediatamente su boca se fruncía en una mueca de repulsión. «Esto desaparecerá un día. Volverá a fundirse con el barro de donde ha salido. ¿Qué importa que sea imperfecto e inarmónico? Al fin y al cabo soy menos barro que los demás hombres. Pero el alma... —le vibraba dentro una sacudida que, por un instante, le nublabla la imagen repetida por el espejo—, el alma es el soplo de Dios.» Cerraba entonces los ojos y le parecía que un viento huracanado recorría todas sus vísceras; un viento huracanado y ululante que le hacía estremecer al permitirle sopesar su propia trascendencia. Como raras veces ocurría, aquella tarde abandonaron en bloque el establecimiento. Hacía ya dos semanas que se acusaba cierta paralización en las ventas y don Saturnino andaba un poco consternado temiendo la llegada de la crisis. Se hablaba en la ciudad de que América enviaba algodón a bajo precio y los tejidos se abaratarían. Esta dudosa perspectiva bastaba para que muchos insensatos se abstuvieran de comprar, pensando, ingenuamente, que ocho semanas de paz serían más que suficientes para que la vapuleada economía mundial encontrase su equilibrio. El rumor, sin un fundamento cierto, circulaba de grupo en grupo, de boca en boca, y la gente experimentaba un júbilo colectivo imposible de contrarrestar. Los numerosos desengaños sufridos en los últimos tiempos no enervaban el mantenimiento de esta esperanza. Se soñaba con una era fácil y barata donde nadie careciera de nada y se olvidaran definitivamente los odios y miserias desempolvados por la guerra. Surgían canciones ligeras, esperanzadoras, que anunciaban la inminencia de una etapa mejor en la que la vida tornaría a discurrir por los suaves raíles de la normalidad. Los mozalbetes y las modistillas entonaban a voz en grito estas canciones cuando, aprovechando alguna festividad soleada, se desplazaban a merendar al campo o regresaban de él despeinados, sudorosos y llenos de polvo: El año

cuarenta y pico, según dicen los profetas, será el año de la paz, volverán las vacas gordas... Pero las vacas gordas, pese a los pronósticos de los autores de las coplas, no acababan de llegar, aunque se las aguardaba con impaciencia creciente. La guerra había concluido hacía más de medio año y no era difícil prever que, dando la vuelta a todos aquellos artefactos y maquinarias empleados durante seis largos años para destruir y aplicando las energías de todos aquellos hombres que habían estado matándose en las trincheras a una finalidad constructiva, la abundancia en todas sus manifestaciones no tardaría en caer sobre los hombros como una nueva lluvia de codornices. Los hombres como el señor Sixto temieron al principio. El fin de la guerra podía significar el fin de la especulación ilícita y de las ganancias abusivas. Cabía esperar que las vacas gordas que la gente esperaba con ansias incontenibles se trocasen para ellos en vacas flacas. La peseta podría depreciarse, y en todo caso los hombres como el señor Sixto se apresuraban a colocar sus fortunas en bienes tangibles, bienes raíces las más de las veces, con el afán desasosegado de no perder lo que con tanta facilidad habían amasado. Pero pasaron los primeros meses después de la lucha y los más avisados comenzaron a entrever que sostener la paz era aún más costoso que sostener la guerra. Los pueblos de Europa estaban hambrientos y depauperados y, mientras la reconstrucción del continente no fuera un hecho, resultaba prematuro e insensato creer en las vacas gordas. Los hombres como el señor Sixto se tranquilizaron. De momento no había nada que temer. El grueso del rebaño no se avenía, en cambio, a hacerse a la idea de que la normalidad tardaría aún muchos años en volver a posarse sobre el mundo. Cada día se despertaba uno con una nueva ilusión y cada noche la ilusión se trocaba en un amargo desengaño. Pero el cúmulo de desilusiones y desengaños, de reveses y contrariedades, no conseguía matar del todo la esperanza general de que ya estaba al alcance de la mano la anhelada liberación de la implacable y mezquina tiranía de la cartilla de racionamiento. Unas veces era el rumor de la venta libre del pan, otras del aceite, otras de los garbanzos. Uno a uno estos rumores se extinguían sin haberse traducido en realidades prácticas. Mas pasadas unas semanas volvían a surgir aún más pujantes y vigorosos que antes, apoyados en las frases irrefutables: «Ahora es seguro; lo sé de muy buena tinta...»; «Me lo ha dicho Fulano, que, como sabes, está en contacto directo con la Delegación de Abastecimientos y Transportes». A pesar de estas seguridades, los rumores se marchitaban sin ninguna consecuencia. Ahora les había tocado el turno a los tejidos y la única novedad visible era aquel notorio detrimento de las ventas. El rumor pasaría y la crisis de ventas con él; pero, mientras tanto, los que regentaban algún negocio de esta especie se sentían devorados por los nervios y la amenaza de que la paralización se convirtiera en un mal endémico y ruinoso. El señor Suárez no se sustraía a esta preocupación general. Pasaba el día recorriendo la tienda a grandes zancadas, con las manos en la espalda y la barbilla desplomada sobre el pecho. Nadie se atrevía a hablarle. La vena de la frente, hinchada y retorcida, era un símbolo elocuente de su peligroso estado de ánimo. Con él, don Arturo retrocedía un gran trecho en el camino de la emancipación total. Tendría que esperar a que las cosas se asentasen debidamente antes de alzar el vuelo definitivo. Obrar con precipitación siempre había sido contrario a su lema. Llevaba quince años sometido al negocio de otro, esperando, y nada le importaría avenirse a esperar quince años más. Lo primero era la seguridad del paso que acariciaba desde hacía tres lustros. En los demás apenas repercutía el pesimismo de los dueños. Los hermanos rubios continuaban hablando de fútbol como si tal cosa; Martín, vanagloriándose de sus conquistas en el probador, y Emeterio punzando con sus sarcasmos a Sebastián en cuanto adivinaba el menor resquicio por donde poder introducir el agujón. Sólo Manolo parecía percatarse de la gravedad del problema. Y un día, temblando, se lo había confiado a Sebastián: «La ruina de los Almacenes sería mi ruina y la de todos mis hijos». Y los ojos sanguinolentos y saltones le brillaban como si fuese a llorar. El Almacén se veía menos concurrido, y a eso de las seis y media apenas si franqueaba el umbral algún cliente rezagado. Este descenso en las ventas implicaba una merma en el trabajo de la dependencia. Después de cuatro meses de dura brega Sebastián veía en este decrecimiento de la actividad una ocasión muy oportuna para reponerse de las noches insomnes pasadas a raíz del suicidio de la Germana. Al propio tiempo, los largos paréntesis de espera le permitían ahondar en su nuevo descubrimiento y dejar a su imaginación, tan encadenada hasta entonces, desbocarse y retozar por mundos ignotos y contruídos de acuerdo con sus más audaces ilusiones. Aquella tarde, tres días después de la entrevista con el cura de las barbas, salieron todos juntos de los Almacenes. Emeterio había vuelto a tomarle como blanco de su burda ironía y este hecho fue la piedra de toque para que Sebastián constataste que en setenta y dos horas cabía la absoluta transformación de un hombre. Las cuchufletas de Emeterio no le ocasionaban ya dolor alguno; lejos de ello, Sebastián agradecía sus vejaciones con el convencimiento de que en ellas debía fraguarse la solidez de su alma. Se había persuadido, en tan poco tiempo, de que las almas se pulen y bruñen por percusión, como determinados metales. Por eso sonreía con los demás al oír las chufas de Emeterio, que se desternillaba, como siempre, de sus fáciles agudezas, aun cuando el autodomínio de Sebastián, por inusitado y completo, lo desconcertaba: —Ten cuidado no te pise la cabeza, Sebastián. A veces voy distraído y no se ni dónde pongo los pies. Martín reía y entre risa y risa piropeaba, poniéndose serio y arqueándose hacia atrás, doblando la

cintura, a alguna muchacha que tenía la mala suerte de cruzar frente a él; reían los dos hermanos rubios y deportivos mientras discutían los resultados de una quiniela, y, sobre todo, reía Emeterio hasta descoyuntarse, coreando sus carcajadas con contundentes patadones sobre el asfalto, sin duda para facilitar su desahogo. El paseo por la calle Principal se había iniciado ya. Discurrían grupos de muchachas y muchachos hacia un lado y hacia otro, comentando las incidencias del día y riendo sin ton ni son. Era aquél un río bullicioso y alegre, impelido por una corriente de irresponsabilidad y juventud. La tarde estaba apacible y se barruntaba ya, en la consistencia y los aromas del aire, la inmediata primavera. —Bueno, yo me voy por aquí. Sebastián se detuvo a diez metros del establecimiento, dispuesto a atravesar la calle. —Vamos, no seas tonto y ven a dar una vuelta con nosotros. Ayer lo pasamos en grande todos juntos, ¿no es cierto, chicos? Emeterio reclamaba su cooperación. Indudablemente lo consideraba un magnífico elemento para «pasar en grande». —No; hoy no puedo. Tengo que hacer. — ¡Déjale, que se le pasa el arroz! — intervino uno de los hermanos rubios, atiplando la voz. — ¿Qué tienes que hacer con tanta prisa? —Emeterio no renunciaba a su compañía así como así. —Voy a confesarme. Rieron todos como si Sebastián hubiese pronunciado un graciosísimo chiste. Aquella reacción le dejó un poco perplejo. ¿Sería posible que los hombres se desentendiesen de sus almas hasta este extremo? ¿Hasta el extremo de regocijarse así el ver que otro ser humano se preocupaba de ella? En aquellos tres días Sebastián había llegado a la conclusión de que el primer paso de su enmienda consistiría en una sincera confesión de sus culpas. Añoraba el momento de verse libre de aquellos pecados que le desgarraban por dentro. Sus escarceos con el polvoriento maniquí, el recuerdo infecto de su borrachera y de las groserías derivadas de ella, los sentimientos que abrigaba hacia su madre, su pesimista concepto del mundo y de los hombres... todo aquello necesitaba descargarlo cuanto antes, emancipar su pequeño globo interior, sin contornos evidentes, de aquellos fardos de pesado lastre. —Anda, chato; te aseguro que al cura no le interesan tus horribles pecados en absoluto. Puedes decírmelos a mí y te juro que te escucharé con la boca abierta. Emeterio se hurgaba en la nariz mientras hablaba, y luego, con el mayor impudor, amasaba con los dedos una pelotita oscura que lanzaba sobre la masa amorfa de paseantes. A Sebastián su perorata le había herido en lo más íntimo. Los compañeros reían a excepción de Manolo, que se mantenía sombrío y con una expresión ausente en la mirada. —No debes hablar así, Emeterio. Lo que has dicho es casi una blasfemia. Por otro lado, no creo que ello te cause ningún provecho y menos que te divierta. Emeterio trató aún de arrastrarlo: Se notaba que jamás se había sentido lastimado por un preocupación espiritual. —No te esfuerces; he dicho que voy a confesarme y me voy a confesar. Aunque tú no lo quieras. A Sebastián le animaba una energía desusada. Nunca en la vida se atrevió a mantener un punto de vista frente a la menor oposición. Mas, de súbito, notaba una oleada de vigor que hacía de él, por una vez, un ser autónomo e independiente. Emeterio lanzó una nueva bolita oscura sobre un racimo de muchachas e inmediatamente cogió a uno de los hermanos rubios por el brazo: —Que te diviertas con tu cura y dile antes a gritos que estás allí, no sea que te pise sin darse cuenta. —Comenzaron a andar en dirección contraria a la seguida por Sebastián. Dos pasos más allá, se volvió Emeterio y gritó: — ¡Ah, adviértele también al cura ese que no tiene nada de particular que tengas la manga estrecha, porque todo tú eres un hombre muy pequeñito! Oyó su risa Sebastián y las de varios grupos que discurrían en ese momento por las proximidades. No le importó. El mismo se sorprendía de su indiferencia. Caminó de prisa y sin volver la cabeza. Cruzó la calle y tomó la transversal hacia la Plaza del Mercado. Repasaba su conciencia con minuciosidad. Por nada del mundo omitiría ante el padre Matías ninguna mala acción, ningún pensamiento torvo de aquellos cuyo recuerdo le punzaba ahora el corazón como un aguijón venenoso. Cuando empujó el portón ribeteado de clavos y penetró en el templo volvió a experimentar la misma sensación apacible y sedante que en anteriores visitas. Todo cooperaba a estimular tan sosegada impresión. Una vaga penumbra envolvía a los seres y las cosas, y las oraciones de los escasos fieles, apenas musitadas, tenían un dejo pausado de mansa sumisión, de humildad remansada y sonora. Sebastián preguntó por el padre Matías. —Haga el favor de esperar fuera. De nuevo estaba allí, con los pies colgando, sentado en uno de los duros y largos bancos laterales. El cura de las barbas brotó de las espesas tinieblas del corredor. —Ah, ¿eres tú, hijo? Dime, ¿qué se te ofrece? —Quería confesarme, padre. Otra vez le hipnotizaba la verruguita oscura, redonda, arrugada y húmeda como una diminuta boñiga. —Está bien, hijo. ¿Estás preparado? Sebastián asintió y con un inconcreto temor vio al cura separarse de su lado y zambullirse en uno de los oscuros confesionarios. Tenía la garganta reseca cuando comenzó su confesión; pero a medida que avanzaba, su voz, penosa al principio, iba fluyendo de sus labios fácil y rumorosa como una corriente de agua. Paulatinamente iba encontrándose más ágil y fuerte, liberado de una tremenda carga interior. El padre le facilitaba el desahogo con mesurada discreción. Cuando le habló del maniquí, de que había tomado como amante un montón de serrín embutido en un pedazo de trapo, creyó entrever que el cura se estremecía. Mas ni esto le detuvo en su absoluta y franca confidencia. Sebastián no comprendía cómo cientos de hombres aborrecían el confesionario, cuando nada existe en el mundo tan consolador y reconfortante. El padre le comprendía; comprendía todas sus

ruindades y muchas más que hubiera podido contarle. Su voz persuasiva y serena le producía el efecto de que le pasaban suavemente por los párpados blandos pedazos de algodón. Después le habló de su madre. Encontraba un alivio muy grande en poder hablar de Aurelia con aquel cura. Él tenía solución para todo y para esto no podía faltarle. Le contó la tirantez de sus relaciones domésticas, le habló de su genio encrespado y arisco, de sus torpes aficiones, de la ruindad de su proceder en el asunto de la Aurora. Y el padre lo entendía todo; lo entendía casi antes de que él lo hubiera expuesto. ¡Daba gusto departir en voz baja con personas así! Se quedó un poco cortado cuando el cura de las barbas indagó, de improviso, si él, a lo largo de su vida, había hecho alguna cosa para que su madre fuese de otra manera. Se sintió culpable también de esto y confesó, avergonzado, que él creía que cada ser había de agenciárselas solo en la vida para ser de un modo u otro. Pero la indicación indirecta del padre le hizo reflexionar e inmediatamente se propuso modificar su conducta en este sentido. Sí, ¿por qué no? Aurelia era su madre y él reventaría de orgullo si un día conseguía arrancarle de sus vicios y hacer de ella una persona digna y respetable. Podría entrarla blandamente, con buenas palabras y razones evidentes. Su madre, en verdad, no tenía ningún motivo para ser mejor de lo que era. Se había formado sin educación y sin principios, constreñida por la imperiosa necesidad de dinero. Sí, ya pensaría en esto después, con más calma. Y le hablaría a la Orenca. Quizá entre los dos... El padre le absolvía y en ese instante Sebastián, con la cabeza rendida sobre el pecho, sintió una dureza extraña en la garganta que le imprimía deseos de llorar. (Era como si alguien le oprimiese la nuez con insistencia e incrementando paulatinamente la presión.) No obstante, se venció. Besó la mano del padre Matías y huyó acelerado a un rincón oscuro del templo, sujetándose el corazón con las manos crispadas. Se notaba organizado; minuciosa, cabalmente organizado. Ya no era un hombre roto, un despojo de la sociedad. La felicidad le ahogaba. Creía adivinar en el fondo de su pecho algo inusitado que fosforescía en las tinieblas. Se sentía transido de una rara y desacostumbrada emoción, algo así como si acabara de renacer con una contextura diferente. A la mañana siguiente, al llegar a los Almacenes, Martín le salió al paso, demudado: — ¿Te enteraste de lo de Emeterio? Había un tono trágico, desgarrado, en su voz. — No, ¿qué? — ¿No lo sabes? Anoche lo mató un autobús en la Plaza del Rey. Las piernas le flaquearon a Sebastián y hubo de recostarse en el mostrador para permanecer de pie. Un escalofrío, acerado como un puñal, le atravesó el pecho de un modo fulminante. — ¿Qué...? ¿Qué estás diciendo? — Lo que oyes; lo mató instantáneamente. Tenía la cochina manía de ir colgado de las cadenas y otro autobús que venía en dirección contraria le sacudió un cacharrazo en la cabeza y lo dejó en el sitio. Sebastián se ahogaba. Su cabeza se representaba la escena de la tarde anterior, cuando Emeterio arremetía contra las cosas más santas e, impudicamente, se relamía ya de su proyectada aventura con una marmota cualquiera. Como un relámpago pasó por su cerebro la idea de que Emeterio había muerto en pecado mortal y estaría condenado para siempre. Crispadamente se sujetó al mostrador. Los dos hermanos rubios y Manolo se aproximaban: — Parece mentira, ¿no? Ayer lleno de vida, rebosando de vida, y ahora... La desgracia creaba entre todos un punto de afinidad y coincidencia que daba mayor solidez que de ordinario al bloque. Sin embargo, sus compañeros sólo lamentaban que la vitalidad de Emeterio hubiese hecho crisis, les impresionaba el vértigo del tránsito repentino. Habló uno de los hermanos: — Ha venido la madre. Está ahí, en el despacho, con el señor Suárez y don Arturo. Por lo visto es viuda y le queda aún cuatro hijos más pequeños. Con lo de Emeterio vivían todos, y ahora... Hasta este momento Sebastián no había reparado en los lamentos que, como maullidos de un gato escaldado, escapaban por debajo de la puerta del despacho. Pero tampoco esto le apartó del cuerpo central de su idea. Con esfuerzo iba rememorando cada una de las palabras de Emeterio en la víspera, y al evocarlas, una a una, su desazón aumentaba. Un sudor viscoso le empapaba la frente y los sobacos, resbalándole hasta los costados. ¡Oh, Dios, Dios! ¿Por qué no iría con él Emeterio la tarde anterior? ¿Por qué, al menos, no acallaría su salida irrespetuosa y blasfema? ¿Habría llegado a consumar su proyectado devaneo con la marmota en los jardines? Maquinalmente, Sebastián daba vueltas y más vueltas al botón central de su americana. De repente, el botón se desprendió y él lo contempló estúpidamente, posado sobre la palma de la mano, como si hubiera caído del cielo inesperadamente. Sin darse cuenta de lo que hacía lo guardó en el bolsillo de la chaqueta y comenzó a girar, igualmente, el botón de más abajo. Anita hablaba ahora, dirigiéndose al grupo: — ¡Qué pena da!, ¿verdad? Era tan alegre... Vamos a echarle mucho de menos. Le retorció a Sebastián que los demás sólo pensasen en el fin del cuerpo de Emeterio, como si nada de lo demás tuviese la menor importancia. Pensó que, siendo la gente así, nada tenía de extraño que los hombres se peleasen por un puñado de pesetas o se matasen en masa por tres palmos de tierra. Para ellos esto era el fin, y Emeterio dormía, desde la noche última, el sueño eterno. Se le erizó la carne al imaginar que el sueño eterno de Emeterio podría consistir en una eterna, incandescente, inacabable pesadilla. Pasarían mil años, millones de millones de años, y la pesadilla de Emeterio podría decirse que no había comenzado aún. “ ¡Oh, Dios del Cielo, eso no es posible! ¡No es posible, Señor!» Los pelos se le ponían de punta y la sangre le escapaba del corazón y la cabeza como si repentinamente se hubiera desfondado. Después de todo, a él podría haberle ocurrido lo

mismo; podría haber tropezado con la muerte después de una de sus frecuentes visitas al maniquí. Y lo mismo podría acontecerles al señor Sixto y a su hijo; a los mozos que escribían impudicias en las paredes de su portal; al soldado que se solazaba en las afueras con una marmota, o a Hugo, que vivía maritalmente con una furcia. A todos podría ocurrirles lo mismo y, no obstante, en ninguno ocasionaba la repentina muerte de Emeterio una resonancia de contrición o un propósito de enmienda. (Un nuevo botón aparecía como una mancha gris en la palma de la mano de Sebastián. Lo había arrancado inadvertidamente e, inadvertidamente también, se lo guardó con el otro en el bolsillo.) Sus compañeros hablaban sin pausa; discutían sobre lo que era y lo que podría haber sido. Al fin y al cabo ésta era la perpetua discusión entre los hombres, aunque casi ninguno advirtiese lo que en realidad «era», ni cuán diferente «lo que podría haber sido». — ¿Qué te pasa, Sebastián? ¿Te pones malo? Martín lo sujetaba por un brazo. Agradeció esta ayuda porque, inopinadamente, todo había empezado a desvanecerse ante sus ojos y, por un momento, tuvo conciencia de que iba a desplomarse sin remedio, como un fardo sin apoyo. —Le ha afectado mucho. Sonaba la voz de Anita como un cascabel. Ahora le transportaban al fondo del establecimiento y le sentaban en una silla. —Trae un vaso de agua. Anda. Sebastián estaba pálido y con la mirada vidriosa. Mas ahora, sentado allí, después de beberse el vaso de agua, la sangre volvía a circular por sus venas, caldeándole. Acababan de entrar dos clientes y sus compañeros le dejaban solo. Lo prefirió así. Constató, de pronto, que algo se interrumpía, un rumor regular y continuo que, al detenerse, hacía más ostensible el silencio. Levantó los ojos y se dio cuenta de que eran los lamentos del despacho lo que había cesado. Un minuto después se abrió la puerta y Sebastián divisó a una mujeruca esmirriada, vestida de negro y con un pañuelo, negro también, anudado toscamente debajo de la barbilla. Sin conocer los motivos que la empujaban, Sebastián vio a la mujeruca abalanzarse sobre la mano derecha del señor Suárez y colmársela de besos y de lágrimas. Don Saturnino se mostraba violento: —Nada, mujer; nada tiene usted que agradecernos. Después del entierro conoceré al chico, y desde mañana puede venir a sustituir a su hermano, anótele bien... A la mañana siguiente, Juan, el hermano de Emeterio, ingresó como mozo en los Almacenes. Tenía una innegable semejanza con él, aunque era más pálido y más enteco, o lo parecía debido al luto. En lo que resultaban idénticos era en aquella fea costumbre de andarse en las narices y elaborar luego, pacientemente, con la materia extraída una diminuta y oscura pelota. Con la llegada de Juan el mecanismo de los Almacenes estuvo completo otra vez, y, encajada adecuadamente la nueva pieza, la máquina reanudó su funcionamiento y su producción. Nadie se acordaba, a la semana, del cuerpo ni del alma de Emeterio, y su madre, salvado airosamente el bache de lo económico, tampoco se sintió preocupada por las circunstancias de su muerte. Los ingresos seguían siendo los mismos y había una boca menos que alimentar. Cierto que perdía una cartilla de racionamiento, pero la cosa no era para llorarla demasiado. Al mes, nadie recordaba en el mundo a un ser que se había llamado Emeterio Ruiz, salvo Sebastián, y cuando éste evocaba su vida, y sobre todo su muerte, experimentaba un convulsivo sobresalto. Sebastián se cruzó con el idolillo de la cara de león y los pechos cóncavos que remataba la barandilla de la escalera de su casa y le hizo un guiño de simulado entendimiento. —Deséame suerte —musitó. Ascendió las escaleras con paso lento. En el brazo derecho portaba un gran paquete envuelto con el papel de los Almacenes. El corazón le latía apresuradamente, y, como siempre que le sucedía esto, presumía que su redoble debía oírse a distancia. Cuando llamó a la puerta, la violencia de los latidos se agudizó. —Hola, madre. — ¿Qué traes ahí? Sebastián se azoró y el murmullo que salió de sus labios fue apenas perceptible: —Un regalo para ti y para la niña. Aurelia no añadió nada, pero frunció el ceño y cerró de un portazo. Al pasar frente a ella, le pareció a Sebastián que su inmunda cazadora apestaba a vinagre y a sudor. Reprimió una mueca de asco y, sin detenerse, penetró en la habitación de la camilla. Aurelia le seguía; al parecer, dispuesta a acoger con cuatro gritos destemplados la presunta dilapidación. — ¿Está la Orenca? —Ha salido hace un rato por la ración. Volverá enseguida. Pero, vamos, ¿qué es eso? No separaba la vista del enorme paquete, como si esperase ver salir de él un horrible dragón de siete cabezas. Sebastián, ante la ausencia de la niña, se encontró tan desamparado como un general a quien en el comienzo de una derrota anunciase el retraso de unos refuerzos que esperaba ver llegar en ese instante. —No... no... bueno, es bien poca cosa, desde luego. Pero... pero no quiero que te vayas a enfadar... En realidad... Después de todo, esto no significa nada... Aurelia se impacientaba. Había adoptado la habitual postura en ella antes de lanzar algo desagradable: las manos hinchadas debajo de las axilas, y las piernas, blancas y salpicadas de varices amaratas, abiertas en un ángulo muy amplio. — Déjate de rodeos y habla de una vez. ¿Qué te ha costado todo esto? Sebastián no respondió y comenzó a desenvolver el paquete con parsimonia, procurando dar tiempo a la niña para que subiese con la ración. Con todo, terminó de deshacer el gran envoltorio antes de que la Orenca apareciese. — ¿Qué es eso? ¿Estás loco? —No... verás. Esto es un retal de franela muy buena y muy barata para que te hagas una bata para ti. Es... es... es muy barato y te hace tanta falta... Esa... esa cazadora está muy sucia y muy vieja, y... Aurelia no pestañeaba al escucharle, y Sebastián se aturullaba: —Y... y... y esto es un poco de seda lavable para que te hagas una blusa. Y esto otro, un

retal de semihilo para que hagas un vestido a la niña en primavera, y... y... bueno, como verás, ya no hay nada más... —terminó. Aurelia continuaba mirándole con una fijeza turbadora. —Todo eso está muy bien. Y ahora dime, ¿qué vamos a comer este mes? Una losa de culpabilidad se desplomaba, de repente, sobre los pobres hombros de Sebastián. Al fin balbució: —Bueno... en fin... esto no es obligatorio pagarlo en un mes... Lo amortizaremos en varios plazos... Si es preciso, estaremos un año amortizándolo... Las manos de Aurelia seguían inmóviles en los sobacos y sus ojos en los de Sebastián. —Envuélvelo con cuidado. Mañana vas a devolverlo, y en lo sucesivo no te ocupes para nada de mí ni de la niña. De eso ya me encargo yo. ¡Pues están buenos los tiempos para tirar el dinero! Lo primero de todo es comer, y dime, ¿qué sobra aquí después de comer? Sin querer le vino a la boca a Sebastián decir «el beber», pero milagrosamente se contuvo. Luego murmuró: —Después de todo, es una insignificancia, y... y... este tono azul te iría tan bien... —Le venían de improviso a los labios los ardidés del buen comerciante, esos incentivos irresistibles para cualquier mujer. Tomó el retazo de seda lavable por una punta y, con cierta repugnancia, lo sobrepuso a la cazadora. Aurelia miró la pieza de reajo, con oculta y ávida complacencia—. Estarías muy elegante con una blusa de este color, créeme. ¡Hace tanto tiempo que no puedes hacerte un vestido! Además, es una magnífica oportunidad, porque... porque en la tienda me lo sirven descontando el margen de beneficios y a precio de saldo. No hay... no hay muchas ocasiones como ésta... que digamos. Y la bata... la bata es una preciosidad. A fin de cuentas, pagando un poco hoy y mañana otro poco, es como si... como si nos lo regalaran. ¡Y qué diría la señora Luísa al verte tan elegante! Sin duda querría correr enseguida a hacerse una igual... Los ojos de Aurelia iban redondeándose. La expresión de indiferencia desapareció de su rostro y su mano derecha abandonó lentamente el cálido hueco del sobaco y comenzó a palpar con sus bastos dedos el tejido suavísimo. Sebastián tuvo un conocimiento repentino de su primera victoria sobre su madre. No le faltaba, pues, razón al padre Matías. Cabía, en lo posible, domeñarla. Él lo conseguiría; conseguiría hacer de ella una mujer distinta. «¿Por qué, por qué —se preguntaba— no habré comenzado antes?» —Sí que es bonito todo... Pero, la verdad, es mucho dinero. Sí, es mucho dinero para nosotros. —Y prosiguió atropellándose, como queriendo huir, de este modo, de la tremenda tentación—: Todos lo dicen y tienen razón. Ahora, con poder malcomer ya es suficiente. Pero... —De nuevo flaqueó la decisión de Aurelia—. Bueno, vamos a quedarnos con la blusa, y lo otro... lo otro vas a devolverlo enseguida... Sus ojos caían ahora sobre la franela marrón. La tentación era tan fuerte que Aurelia casi temblaba al pensar en la renuncia, en desistir de ella, cuando la tenía allí, allí, al alcance de su mano. Olfateaba el tejido nuevo, el penetrante y agradable olor de las piezas sin mancillar, y suspiró: —Sí, tienes que devolver lo otro; mañana lo devolverás —corroboró, desmayadamente. Se oyó crujir una cerradura en el pasillo y después un portazo. Sebastián dio media vuelta y vio a la Orenca parada en el umbral, con una pequeña zafra de aceite en una mano y una cesta de mimbre sucia, ocupada por tres canteros de jabón y unos paquetitos envueltos con el basto y resistente papel de ultramarinos, en la otra. —Hola —dijo. —Deja todo eso en la cocina y ven —respondió Sebastián. Aurelia continuaba inmóvil, con la mirada llena de la policromía turbadora de los tejidos. Cuando Orenca regresó se llevó instintivamente sus dos manos blancas y afiladas a la boca: — ¡Oh, qué bonitas son! — ¿Te gustan, mocosa? Pero no las toques; tendrás las manazas untadas de grasa. Eran como un trío de salvajes congregado en derredor de un montón de abalorios multicolores. Aquellas tres piezas impolutas los sugestionaban hasta la fascinación. Hacía muchos años que en aquella casa no entraban unos tejidos nuevos, vivo todavía el olor de los tintes. — ¿Para quién son? Había unas temblorosas inflexiones en la voz de la pequeña. Por primera vez en mucho tiempo la veía Sebastián interesada en algo y por algo, y comprendió que la indiferencia de la niña era simplemente una consecuencia de su vida rutinaria y gris. —Ésta es para ti, para hacerte un vestido esta primavera. Las otras dos son para madre. ¿Verdad que madre estará muy distinguida con una bata de esta franela? Fíjate, no la quiere tomar porque dice que valdrá mucho dinero, y... — Como sin hacer nada, Sebastián desplegó unos centímetros de la pieza y los dejó caer sobre los hombros de su madre—. ¿Verdad que es una preciosidad? —Es... parece... parece una reina. Claro que es preciosa la tela... y todo. ¿Por qué no nos vamos a quedar con ello? Aurelia agradecía esta insistencia, que justificaba, a fin de cuentas, su deseada rendición. Comprendía que sería superior a sus fuerzas abrir la puerta al día siguiente para que aquella pieza de franela partiese, en viaje de regreso, hacia los Almacenes. Ya era algo suya por la simple razón de haber descansado sobre la camilla de su casa. Sin embargo, habría de adoptar una postura de concesión a regañadientes, que era lo oportuno en este caso: —Está bien; haremos como queráis. Pero yo insisto en que esto es un despilfarro que no podemos hacer... Aquí no hay de esto —con el pulgar y el índice hacía ademán de pasar billetes—, y sin esto —repetía el ademán— no se pueden hacer estos excesos... Sebastián sonreía por dentro; aguardaba impaciente el desplome absoluto, total, de Aurelia. Su madre prosiguió: —Esto... esto es muy bonito. Y será barato, yo no lo dudo... pero, pero... —Hizo una pausa y, al cabo, estalló—: Sí, tenéis razón, es muy bonito... Nos quedaremos con ello... Nos quedaremos con todo... —Sobaba los géneros con nerviosos movimientos de dedos, con una fruición de

avaro que cuenta sus monedas. Extendió la franela y la superpuso a su indumentaria de forma que el extremo de la pieza cayó hasta el suelo— ¿Creéis de veras... creéis de veras que me sentará bien? ¡Uy, Dios santo, qué dirá la Luísa cuando me vea! Capítulo Duodécimo. El repentino apagamiento de Emeterio reafirmó la convicción de Sebastián de que el instante de la muerte era el único trascendente en la vida de los hombres, y, en consecuencia, acrecieron sus anhelos de perfeccionamiento y superación. Todo lo enfocaba por el lado espiritual, y pronto se dio cuenta de que un alma bien templada irradia un halo de sosiego y bienestar que trasciende a cuanto constituye su reducido mundo circundante. Su casa, sin transformarse en esencia, había experimentado una reacción apreciable. Aurelia, a pesar de seguir enfiada en sus turbios hábitos, dejaba entrever, de cuando en cuando, que su corazón no era impermeable a la ternura y al agradecimiento, lo que hizo presumir a Sebastián que su rudeza y tosquedad no eran vicios de origen sino de formación. Esta advertencia le animó a perseverar en la tarea emprendida. Orenca, por otra parte, constituía un temperamento mollar que respondía admirablemente a sus celosos cuidados. Había sido una niña sin infancia, y la misión de Sebastián se centraba ahora en encajar el ánimo de la pequeña en la edad y el tiempo en que vivía. Cuando tenía oportunidad de ponerse el trajecito rosa de semihilo, la niña se acicalaba con escrupuloso esmero, asomando en ella los primeros síntomas de coquetería femenina. La indiferencia hacia todos y hacia todo no era más que una postura natural frente a la rutinaria y tediosa existencia que se le había forzado a llevar y que, ante los incentivos que Sebastián le brindaba ahora, iba desapareciendo gradualmente. La vida comenzaba a tentarla con sus claroscuros y sus contrastes, y la niña reaccionaba como era lógico esperar. Los sábados por la noche, Sebastián la sacaba al cine. Aurelia, en un principio, se negó a acompañarlos, ya que los sábados eran los días escogidos por ella y la señora Luísa para prolongar sus reuniones hasta las primeras horas de la madrugada. A su regreso del cine, Sebastián y Orenca las encontraban desplomadas de bruces sobre la mesa de la cocina, completamente ebrias. Los naipes se hallaban desperdigados por el suelo, y los únicos indicios de vitalidad en aquella habitación, que apestaba a sudor y a vino tinto, eran los ronquidos feroces de su madre y los tres ratoncitos, vivos y nerviosos, que saltaban aceleradamente de la lata de la basura en cuanto los oían entrar. Otras veces, sorprendían a Aurelia y a la señora Luísa cantando con pésimo oído La vaca lechera o El año cuarenta y pico. No había forma humana de hacerlas callar. La señora Luísa pasaba las horas muertas en su cuchitril de la esquina de la calle haciendo punto, y las tardes de los sábados deseaba olvidarse de su ingrata y monótona tarea. Era viuda de tres hombres y en el barrio la llamaban la «matamaridos». Todo ello cooperaba a formar en ella una bóveda interior sombría y pesimista que sólo se aligeraba un poco ante una jarra rebosante de espumoso tintorro. En estos casos, Sebastián mandaba a la cama a la Orenca y durante más de una hora forcejeaba con su madre hasta que conseguía trasladarla a su habitación. Se presentaba, luego, la tarea más peliaguda de la noche, como era la de transportar a la tozuda y obstinada «matamaridos» hasta el inmundo chiribitil donde habitaba. Sebastián la agarraba por los sobacos y la arrastraba por las escaleras hasta el portal. Ella, insensible al dolor de los tumbos y batacazos, cantaba El año cuarenta y pico o farfullaba con recalcitrante monotonía: «Vivo en la calle Zapateros, número 46, sótano izquierda; llaves en el bolsillo derecho». Era su repugnante estribillo de borracha, que iba repitiendo, como un disco rayado, a lo largo de toda la calle. Pero Sebastián sabía que no mentía. La concisa manifestación era un hecho. En aquella calle —la central del barrio—vivía, y además portaba las llaves de su zaquizamí en el bolsillo derecho de la merdosa bata. Los gritos de la señora Luísa hendían el silencio de la noche. Los escasos transeúntes miraban regocijados a la grotesca pareja y Sebastián experimentaba un poco de rubor, que se disipaba, no obstante, en cuanto recapacitaba que estaba llevando a cabo una buena acción que redundaría en provecho de su alma. Fue el romper esta indigna costumbre sabatina de Aurelia el obstáculo más fuerte que surgió ante Sebastián en su proyectada rehabilitación de la familia. Aurelia no se avenía a prescindir de Luísa y afirmaba, muy seriamente, que la entristecía la penumbra acongojante de los cines. Se hizo necesario que la señora Luísa los acompañase un sábado para que Aurelia se decidiese a romper una costumbre que contaba con una respetable tradición de tres lustros. Una vez probado, el nuevo plan las sedujo y, en lo sucesivo, todos los sábados por la noche Aurelia, Luísa, la pequeña Orenca y Sebastián se desplazaban a un cine céntrico. Sebastián se recreaba observando la meticulosidad que ponían su madre y su hermana en acicalarse. Por la tarde, Aurelia se planchaba con parsimonia la blusa azul, muy descotada, de seda lavable, y la Orenca su vestidito rosa de semi-hilo. Después de cenar, ambas se retiraban a sus habitaciones y, un cuarto de hora más tarde, emergían de ellas completamente transformadas. Sebastián notaba algo extraño e inusitado en sus cabezas, y poco tardó en constatar que se debía a unos peinados rimbombantes, completamente revolucionarios. El de su madre le sonaba a algo muy conocido, aunque ignoraba qué, hasta que un día, al entrar en la cocina a beber un vaso de agua, sus ojos tropezaron con un calendario, profuso en colorines, que anunciaba una marca de galletas. Una mujer exuberante y frescachona exhibía en él sus curvas opulentas, salpicadas de lunares de moscas. El peinado, con dos ondas relamidas adheridas a la frente, era el mismo que se hacía Aurelia los sábados antes de marchar al cine. Y

Aurelia, sobre el traje vaporoso y blanco que en el original vestía la aldeana, había diseñado elementalmente su blusa azul con todos los detalles. Estas muestras inefables del carácter de su madre le evidenciaron que en el interior de todos los seres existe un rescoldo adormecido, susceptible de metamorfosearse en una llamarada fulgurante. Y él vigilaba esta llanita que empezaba a avivarse con un celo excesivo, con un temor constante de que cualquier revés imprevisto pudiera matarla para siempre. Los sábados por la tarde, al salir de los Almacenes, sacaba cuatro entradas de delantera de galería en algún cine de postín. Huía del teatrillo de su barrio, pues consideraba que en él había mucho más de pernicioso que de aleccionador. En un cine céntrico, la vaharada de distinción y buenos modales que gravitaba sobre el patio de butacas podía alcanzar incluso a las alturas. Una vez acomodados en sus localidades, Orenca se abstraía en la proyección, mientras a Sebastián le distraía el ruido reiterativo y crepitante que ocasionaban Aurelia y la señora Luísa mondando cacahuets. Sebastián no se atrevía, de momento, a censurar a su madre aquel goloso esparcimiento, medroso de que sus consejos la animasen de nuevo a trocar los cacahuets por el vino. Mas una noche, en plena representación, se oyó elevarse del patio de butacas una voz airada: — ¡A ver quién es el guarro que ha tomado mi butaca por un recipiente de basuras! La gente, conmocionada por la sorpresa, rompió en una risotada, mientras Sebastián, colorado hasta las orejas, propinaba a su madre contundentes codazos de advertencia. Sebastián se dio cuenta, ese día, de que la vaharada de distinción y buenos modales que imaginaba gravitando sobre el patio de butacas era, también, algo muy discutible y relativo. No obstante, a partir de aquella noche hizo llevar a su madre una bolsita de papel donde ella y la señora Luísa iban depositando cuidadosamente los desperdicios de su manjar. Poco a poco, la vida íntima de Sebastián iba modificándose merced a sus desvelos. Ni Aurelia ni Orenca podría afirmarse que hubieran cambiado por completo, pero su comportamiento daba pie para barruntar un más lisonjero amanecer. Era una costra de muchos años la que había de hendirse, y ello no se conseguía en cuatro semanas. Sin embargo, la cosa marchaba hacia delante y Sebastián se sentía satisfecho de sí mismo y de las reacciones de sus sujetos experimentales. También Sebastián se preocupaba de su persona. La idea motriz que le impulsaba era la del perfeccionamiento para el que desde muchos años atrás se había juzgado desahuciado. Al saber que no, que también él podía mejorar y en lo que de más valioso y estimable encerraba su ser, toda su vitalidad se concretaba en una sola aspiración, determinada y concisa: engrandecer su alma, hacerla más digna y excelsa. Para ello trabajaba noche y día y se creaba dificultades que, al ser salvadas, le producían un secreto deleite. Frecuentemente prescindía de su ración de pan y la entregaba al primer pobre con quien tropezaba en la calle, o introducía guijas en sus zapatos para que le mortificasen la carne, o recibía con una sonrisa de sunisión las pullas de los mozalbetes cuando la operación de correr las cortinas de los escaparates al mediodía sufría algún entorpecimiento. A veces llegaba a nimiedades ingenuas, sugeridas por las lecturas de libros de santos adaptados a mentes infantiles. Él, en realidad, había vivido poco y apenas sabía nada fuera de lo que se encerraba en aquellos libros, los primeros que empezaron a fertilizar su inteligencia. Mas él, a su modo, se encontraba feliz, más feliz y tranquilo, más conforme de sí mismo, que lo había estado en momento alguno de su vida. Por las noches repasaba sus actos y palabras, sus sacrificios y privaciones, y casi se daba cuenta de que su globo interior, el halo de niebla que lo ribeteaba por dentro, crecía y crecía hasta extremos insospechados. Ahora le gustaba reflexionar sobre sus actuaciones y movimientos cuando caía por la noche en la cama. Entonces se confesaba a sí mismo que las cosas marchaban por las sendas más risueñas y optimistas que cupiese imaginar. Aurelia era mejor. Orenca se encajaba en la vida poco a poco, y la señora Luísa, de rechazo de todo esto, casi había dejado el vino. (Sebastián presentía que de haber varios hombres, estratégicamente distribuidos por el barrio, encargados de atajar el vicio y divulgar la virtud, sin más armas que la persuasión mesurada y el buen ejemplo, el barrio sería diferente de lo que era: las parejas no bautizarían a sus hijos al tiempo que se casaban, los hombres no se emborracharían hasta la incoherencia los sábados, ni los maridos apalearían, los domingos, a sus mujeres cuando el equipo representativo de la ciudad salía del estadio con dos puntos negativos.) Una noche en que Sebastián meditaba sobre estas cosas tuvo una idea repentina. (No sabía por qué, pero sus buenas, sus geniales ideas, brotaban siempre del contacto de su cráneo con la almohada.) Se incorporó en la cama y dio la luz. Afortunadamente aquella noche no había restricciones. Saltó del lecho tan precipitadamente que introdujo su pie derecho en el desconchado orinal, volcándolo. El líquido se derramó por el suelo y a Sebastián le asaltó la angustiada sospecha de que Aurelia se hubiese despertado. Aguardó un momento con todos los nervios en tensión, a la expectativa, pero el uniforme ronquido de su madre en la adyacente alcoba le sosegó. Colocó, entonces, los codos sobre los muslos y sujetó la cabeza entre las manos. ¡Sí; la cosa estaba igualmente clara con luz e incorporado! (En ocasiones, ideas que en la penumbra de la duermevela se le antojaban lúcidas y geniales, con la claridad del día y el pleno raciocinio de su cerebro se tornaban estúpidas e irrealizables. Pero ésta no, bien seguro estaba de ello.) Durante muchas noches y días Sebastián había pensado en Irene. Su mente reproducía su imagen con frecuencia, mas siempre para considerarla como un sueño abstracto, como una ilusión

inasequible y absurda. Ella era la perfección y él un ser grotesco y risible; ella la luz y él las tinieblas. Mas, de repente, aquella noche había visto mucho más claro. Él, su alma, lo más valioso de su ser, avanzaba por el camino del perfeccionamiento; día a día se pulía, se redondeaba, en un deseo ardiente de superación. Y era el alma lo único trascendente de la persona, lo único libre y eterno, lo único inmarchitable porque era el soplo de Dios. Como el resplandor de una luz vivísima brotó la ambiciosa idea en su cerebro: ¿por qué, Señor, no poder aspirar a Irene cuando su alma había alcanzado un notorio grado de elevación? ¿Qué importaba el cuerpo? ¿No era éste una masa amorfa de barro sin valor alguno? ¿No decía el padre Matías que es el alma lo que da la medida y el valor de un hombre? Pues bien, ahí estaba la suya. No era aún buena, no era grande, no era digna; pero lo sería, ¿por qué no podía serlo? ¿Es que existía algún tope establecido para el desarrollo espiritual de un hombre físicamente defectuoso? Él había encontrado a Dios en los ojos de Irene. Esto no tenía nada de extraordinario, ya que otros hombres lo encontraron en una piedra, una catástrofe o en el filo de una espada. Irene no despertaba su carne como la de otros hombres. Él veía en ella un trasunto de la perfección de Dios. Sí, ¿por qué no? ¿Por qué había de ser una aspiración irracional, monstruosa, pensar en una unión suya con Irene? Sebastián temblaba. Tenía una actitud fáchosa, sentado en la cama excesivamente grande para él, con los pies de dedos deformes y achatados oscilando en el vacío y embutido en un pijama lleno de cosidos y remiendos, a través de cuyo tejido desgastado se traslucía su espalda encorvada. La idea era audaz y desmesurada, incompatible, en apariencia, con el temperamento reposado y chato de Sebastián, pero surgió loca, avasalladora, en su cerebro, y de buena gana se hubiese puesto a trabajar allí, si un trabajo físico de cualquier especie hubiera devengado un mejoramiento espiritual. Sus ojos se posaron, de pronto, en el charco de orines que dibujaba una mancha oscura y caprichosa sobre la tarima, y esta visión le sugirió un nuevo proyecto que le hizo abrir desmesuradamente los ojos, ilusionado. De un salto se arrojó al suelo y corrió a la cocina con los pies descalzos. Al dar la luz, los tres familiares ratoncitos brincaron de la lata de la basura sobre el pavimento y corrieron desalados a ocultarse en el compartimiento de la leña. Sebastián no hizo caso de ellos. Tenía una idea fija en la mente y cualquiera otra imagen externa no menoscababa su resolución. Tomó de un rincón la viscosa aljofifa y regresó presuroso a su habitación. Una vez allí, se arremangó los pantalones del pijama hasta los muslos, se arrodilló y comenzó a enjugar el líquido derramado, con el lampazo, y a escurrirlo luego sobre la bacinilla. Un incontenible júbilo interior le rebotaba por los ojos. (Gustaba de humillarse, de rebajarse hasta la insignificancia, de aniquilarse físicamente, si con ello se enriquecía, en una mínima proporción, su alma. Comprendía que la hermosura deslumbrante de Irene exigía una equitativa contraprestación, y él estaba dispuesto a nivelar, con su exuberancia espiritual, la mezquindad de su cuerpo.) En los días siguientes continuó imponiéndose renunciaciones y sacrificios, acometiendo toda clase de buenas acciones. Le interesaba, ahora, un perfeccionamiento acelerado, una rápida, vertiginosa, dignificación. Y cada noche, en la soledad de su alcoba, reconocía humildemente sus progresos, se achacaba inexistentes defectos y se marcaba nuevas tareas que acometer a la mañana siguiente. Vivía en una exaltada fiebre de actividad, muchas veces pueril, pero ardorosa y vibrante. No se daba sosiego. Estimaba el descanso como un freno en la consecución de su objetivo y apenas si se concedía cuatro horas para el sueño. Había mucho que hacer, existían mil posibilidades y matices para mortificarse, innumerables ocasiones de practicar el bien. Y él debería aprovecharlas. Veinte años de su vida había malgastado estérilmente, y ahora era preciso recuperar cuanto antes el terreno perdido, volver a amontonar el tesoro dilapidado. Una noche se preguntó cómo habría de hacer para que Irene se percatase del valor de su alma, para que no le pasase inadvertido su fulgor. Y, como siempre, en aquellos días, tropezó con la solución casi sin buscarla. Una solución inefable y pueril, inocente, pero que a él, en aquellas jornadas de místico estupor, se le antojó inmejorable: «Los ojos; los ojos son el espejo del alma», se dijo, esperanzado. Sebastián había oído decir esto con tanta frecuencia, que había llegado a identificar el alma con los ojos, los encadenaba por algo más que por un eslabón de simple afinidad. Hasta podían ser, a su juicio, una misma cosa. Él, realmente, no era capaz de discernirlo, pero entendía que en ese dicho se ocultaba algo más que la liviana filosofía de todo aforismo. Así, los ojos verdes de Irene reflejaban su pureza de intención; los pequeños e incisivos de Emeterio, envidia y maldad; sensualidad y bajos apetitos, los desafadores y brillantes del Sixto; avaricia, los azules y oblicuos de su padre; los sanguinolentos y saltones de Manolo, un alma atormentada... Sí, a través de los ojos de los hombres se traslucía siempre la tonalidad y las inclinaciones de sus almas. Irene podría ver en los suyos con la misma precisión y claridad que él veía las almas en el fondo de los ojos de los demás. Cuando meditaba sobre esta posibilidad sentía unos escalofríos febriles. La ansiedad le devoraba y suspiraba por el instante en que su alma fuese tan grande que rebasase los contornos de su cuerpecillo. A ratos pensaba, puerilmente, que en fuerza de laborar por el espíritu, podría éste llegar a trascender, a desvanecer los límites físicos de la carne, a venirle grande, produciendo el efecto desequilibrado de un niño encerrado prematuramente en la chaqueta usada, sin adaptar, del padre. Pasada una temporada, Sebastián se consideró apto para la prueba. Tenía fe en sus privaciones y desvelos; fe en que Irene fuese uno de

aquellos seres que otorgan amplia preferencia al espíritu sobre la materia. Un día tropezó con ella, como casi siempre, en los Almacenes. La crisis de ventas no rezaba para Irene, y el presunto algodón americano no disminuyó sus visitas al establecimiento. Ante ella, el corazón de Sebastián redoblaba como los cascos de un caballo en pleno galope. Estaba bella como siempre, erguida y perfecta, con una sonrisa distendida iluminando su faz. Hablaba con el señor Suárez, quien, en su honor, había cesado en sus monótonas zancadas a lo largo de la tienda y hasta había permitido decrecer el relieve de la vena de la frente. Sebastián observaba a Irene fijamente, con los ojos muy abiertos, casi desorbitados, empujado por un ansia pueril de que no le pasase inadvertido el menor detalle de su espíritu. Mas ella no parecía darse cuenta de su presencia. Hablaba y reía despreocupadamente con el señor Suárez, lo embromaba constantemente con su voz cantarina y cabrilleante, sin llegar a ofenderle nunca. De repente, por encima del hombro de don Saturnino, vio la expresión asustada de Sebastián del otro lado del mostrador y cedió instantáneamente en su risa. Miraba, ahora, al muchacho con palmaria curiosidad, como si se tratase de un fenómeno raro. (Y, efectivamente, Sebastián, con sus ojos redondos y grandes como platos, en su actitud de impaciente expectativa, ofrecía unos pormenores dignos de ser tomados en consideración por cualquier curiosidad medianamente despierta.) A pesar de que la muchacha le sostenía la mirada, Sebastián no cerraba, ni entornaba siquiera, los párpados. Tenía una seguridad grande en su alma y en su sistema de traducción. Al fin, Irene hizo un gracioso mohín, como diciendo: «Decididamente, este chico está loco», desvió la mirada y prosiguió departiendo alegremente con don Saturnino como si nada hubiera ocurrido. Cuando, cinco minutos más tarde, intrigada por la sorprendente conducta de Sebastián, volvió de nuevo la vista a él, tropezó otra vez con sus ojazos desmesuradamente abiertos, implacables en su estúpida fijeza. «Bueno», se dijo Irene, y comenzó a sentirse violenta bajo la vigilancia inquisidora de aquellos dos ojos, agudos y convergentes como dos potentes focos de luz centrando un mismo barco en la noche. Sebastián traducía su embarazo como un indicio favorable para sus apetencias. Irene, sin duda, aquilataba a través de sus ojos su agitación espiritual y las buenas prendas que empezaban a adornarle. De aquí, imaginaba, aquella actitud forzada de la muchacha, que acusaba de esta manera el impacto de los ojos de Sebastián exhibiendo las cualidades de su alma. En los días que siguieron Sebastián no dio paz ni reposo a la muchacha. Entendía que era preciso un tratamiento iterativo y obstinado si quería que fuese eficaz. La buscaba en la calle, a través de las vitrinas del casino, a la puerta de su casa, en el almacén... A todas horas Irene se daba de bruces con los ojos dilatados, espantosamente abiertos, de Sebastián. Su insistencia concluyó por turbarla, por hacerle sentir un temor inconcreto y vago hacía aquel muchachito de inocua apariencia, pero tan tozudo en la observación de su persona. Sebastián la veía salir con un hombre apuesto, bien trajeado, siempre el mismo; pero, en su ceguera, no concedía al síntoma la menor importancia. Tampoco el hombre parecía reparar en su irritante presencia. Al lado de Irene, caldeado por la tibieza de su proximidad, semejaba un ser en perpetuo éxtasis. Sebastián los seguía por calles y plazas, se hacía el encontradizo o se detenía a su lado ante algún escaparate. La mirada de Irene, al verle allí, rozando su brazo, con los ojos horriblemente dilatados, encerraba una buena dosis de espanto. (Sebastián podría haber advertido, de concederse unos instantes de reposo, que la expresión de aquellas pupilas verdes era idéntica a la que iluminó los ojos de Orenca una tarde, hacía muchos años, en que él le enseñó de repente un engañapastor vivo atrapado en una carretera. Los ojos de la niña ante el pájaro eran los mismos que los de Irene al contemplarle a él. Pero Sebastián carecía de tiempo para buscar analogías o establecer paralelismos. Atribuía la confusión de Irene al poder fascinador de su mirada, y todas las tardes, al regresar a su casa, solo, después de una de sus correrías en pos de la muchacha, se confesaba, con un íntimo y desbordante júbilo, que estaba llegando el momento de dirigirle la palabra.) La duda le asaltó un día en los Almacenes, mientras despachaba unos metros de crespón de seda rojo. El tono de la pieza, tan vivo y chillón, le recordó la muerte de la Germana y de su hijo, y entonces se preguntó qué sería de la Aurora. Dos meses habían transcurrido sin la menor noticia suya, sin verla en la calle y sin echarla de menos. Inmotivadamente, hoy evocaba su persona con un dejo de compasión. La silenciosa persecución de Irene le había hecho olvidar todo lo demás e, incluso, sus proyectos de reivindicación espiritual intensiva. Y he aquí que, de pronto, la imagen de la Aurora, con su embarazo a cuestas, se interponía en su mente para echarle en cara que su conducta de los últimos días rezumaba egoísmo por los cuatro costados. En tanto él acariciaba la esperanza de ser correspondido por Irene, su antigua novia rumiaría a solas, en su alcoba, su desgracia, y quién sabe si proyectaría la recuperación del honor perdido apelando a los mismos violentos procedimientos que la Germana. Sebastián cerró los ojos un instante. Verdaderamente su alma no podría remontarse en tanto el peliagudo problema de la Aurora permaneciese sin resolver. Bien estaba que Aurelia hubiese sustituido su odiosa cazadora militar por una bata de franela marrón y que la Orenca pudiese acudir al cine las noches de los sábados ataviada con su trajecito rosa de semihilo. Bien estaba que, de rechazo, la señora Luísa hubiese abandonado casi enteramente su vicio y que en vez de beber vino se dedicase ahora a comer cacahuets con voraz glotonería. Todo eso estaba muy bien y le honraba. Pero ¿qué había hecho para solventar el asunto de la

Aurora? ¿No era esta cuestión más grave y compleja que otras muchas de las que voluntariamente había volcado sobre sus hombros y no le afectaba más directamente que cualquiera de ellas? Con la clarividencia y decisión que en estos días caracterizaban a Sebastián, tomó en su fuero interno una resolución urgente. Había cambiado mucho. En momentos como éste era cuando verdaderamente se percataba de ello. Ahora, al menos in mente, nada le importaba imaginar una entrevista con Benjamín Conde, el joven del traje marrón y la bufanda amarilla, y rogarle que enmendara sus malos pasos y fuese un buen padre para su hijo. Seguramente no sería tan desalmado como para negarse a atenuar los efectos de su desafuero, y más a la vista del trágico fin de la Germana y su hijo, que Sebastián se encargaría de restregarle ante los ojos acentuando los tonos lúgubres y sombríos. Sebastián ya sabía dónde encontrarlo. Según sus noticias, apenas abandonaba una mesa del Bar Arribas, en la Plaza del Mercado, donde jugaba al tute y se atizaba al colete campano sobre campano. Sí, iría a verle allí. Le parecía, ahora, que mientras no diese este paso no tendría ningún derecho a importunar a Irene, husmeando su propia felicidad. Sebastián nunca fue, y menos ahora, de esos hombres que van derechos hacia un punto de luz sin reparar en los desaguisados que origina su trayecto rectilíneo. Desde el despido de Hugo se había convencido de que, casi siempre, el encumbramiento de un ser depende del aniquilamiento de otro, y esto, en adelante, por lo que a él se refería, deseaba evitarlo. Él quería llegar, pero sin frenar a los demás, sin permitir que nadie resultase postergado por imprimir a su marcha un mayor apresuramiento. Al domingo siguiente, después de comer, Sebastián se encaminó al Bar Arribas. El día lucía plácido, contraviniendo las especiales características de marzo. Era un día más de invierno, aunque con un sol alto y brillante que estimulaba sin llegar a molestar. Sebastián marchaba despacio, súbitamente atemorizado. Su resolución de tres días atrás había sido muy decidida y valiente, pero, llegado el momento, su osada determinación languidecía. (Era lo mismo que cuando un hombre resuelve operarse con la sonrisa en los labios, pero su sonrisa se trueca en una amarga mueca al avanzar desolado camino del quirófano.) Sebastián no sabía cómo empezar. En la cabeza se arrinconaban multitud de proyectos previamente desechados como un informe montón de papeles arrugados e inservibles. «No, así no; dirá que soy un idiota», se decía, espantando una nueva idea con un reiterado movimiento de cabeza. Ante la puerta de cristales esmerilados del bar se detuvo un momento. En el escaparate, sobre una fuente blanca, se recostaba un tostón tentador, churruscante y grasiento. Debajo, dos soberanas langostas, y, a los lados, una profusa decoración de botellas de vinos de marca. Sobre el cristal, en letras blancas y desiguales, decía: «Almejas, gambas, cigalas», y, en letras más grandes y encima: «Comidas económicas». La visión de tanta esplendidez distrajo momentáneamente a Sebastián de sus lucubraciones. Sin expresa voluntad empujó la puerta de cristal esmerilado y entró. Una atmósfera densa de tabaco barato, de vapores de mal café y de gritos estentóreos le envolvió, aturdiéndolo. Tintineaban, por todas partes, las cucharillas al chocar contra la loza o el cristal. Los hombres conversaban a gritos, insultándose cordialmente, hablando de fútbol, de la próxima temporada de toros o del racionamiento. Los oídos de Sebastián recogían fragmentos de conversaciones distintas que, al empalmarse en el aire, originaban, absurdos y contradictorios despropósitos. El local se veía lleno hasta los topes, y Sebastián pensó con alivio, justificándose su cortedad, que no era éste el lugar más adecuado para sostener una conversación confidencial. Sin embargo, consecuente con su decisión, se adelantó hasta el fondo del mostrador. Allí la fiebre de concurrentes remitía un poco y podía observar sin llamar demasiado la atención. Pidió un café con leche, y, mientras le servían, examinó de reojo las mesas próximas, donde se jugaba al julepe, a la garrafina o al tute. Los jugadores no se intimidaban ni enfurecían por el infernal barullo que los rodeaba. Ellos estaban a lo que estaban y los accidentes externos no influían para nada en su actividad. (Luego sí, llegarían a casa malhumorados, conscientes de que el domingo tocaba a su fin, y cualquier grito destemplado de la mujer reconviniendo a los niños les sacaría de quicio y les haría jurar entre dientes contra aquel «caos» doméstico.) En el momento en que le servían el oscuro brebaje, Sebastián divisó, en la más próxima mesa de juego, a Benjamín Conde. Aunque no le había visto más que una vez en la vida, le resultó inconfundible, con su terno marrón muy ceñido y el mondadientes emergiendo de la boca, enhiesto, sujeto por un colmillo. Sus compañeros de mesa eran tres y le llamaban el «Moreno» sin que él se diese por ofendido. Jugaban al tute subastado y a Benjamín aparentaba abstraerle el empeño. (Sebastián se preguntó cómo podría estar allí, tan sereno, con las finas manos, firmes y tranquilas, aprehendiendo las cartas, cuando un hijo ilegal, fruto de un pecado, bullía ya en las entrañas de una mujer.) Le observó con minuciosidad, estimulado por un mórbido y desconocido placer de ver tan de cerca «un hombre malo». Tenía las cejas muy tupidas y negras, protegiendo sus ojos descarados y penetrantes. Era moreno de tez, enjuto y fino de miembros. Hablaba con un matiz imperativo de superioridad y no admitía que en el juego nadie se desmandase lo más mínimo. A la legua se advertía que le molestaba la presencia de un jovencito imberbe que hacía chacota de la seriedad de la partida. Éste, siempre que intervenía, lo hacía amasando previamente una aleluya que luego, después de lanzada, reía con un enojoso descoyuntamiento de miembros: —No dejéis, por comentarios, de pagar a los contrarios. Era la segunda vez que

repetía la misma frase. Recordó Sebastián a Emeterio, su obsesión por hallar la gracia burda de las cosas. Benjamín torcía el gesto en silencio y pagaba o cobraba sin inmutarse. Sebastián volvió el rostro hacia el mostrador y, pensativo, bebió un sorbo de café. Sería difícil, sin duda, abordar a Benjamín Conde en estas circunstancias. Y, por otro lado, no era cosa de aguardar hasta que levantasen la partida. Bebió de nuevo. Oyó abrir la puerta de un empujón y giró la cabeza. El Sixto acababa de entrar en el local, fumando un rimbombante habano. A Sebastián le recorrió una sensación abstrusa de incomodidad, de nerviosa precaución, como cuando veía dos hilos de la luz descarnados, a punto de juntarse y producir un estallido. ¿Qué venía a hacer el Sixto aquí? Le vio avanzar por entre las mesas, casi perdido en la atmósfera fumosa, palmoreando de vez en cuando los hombros de algún amigo ocasional. Ya ante el mostrador, pidió un doble de coñac. Lo bebió de un trago y exigió otro. Sebastián agradeció que un nutrido grupo de personas se interpusiese entre él y el Sixto. No había hablado con él desde la muerte de la señora Zoa, y no experimentaba ningún deseo de volver a hacerlo. Sin embargo, la sensación de incomodidad, de estar en el centro de un círculo electrizado, persistía en él, atemorizándolo. Aún bebió el Sixto otra copa antes de pasear detenidamente la mirada por las mesas. Sebastián vigilaba la dirección de sus ojos sin pestañear, con una expresión análoga a la que adoptaba en su empeño de transmitir a Irene la calidad de su alma. Como esperaba, aun sin confesárselo, la ojeada del Sixto se posó en la mesa donde jugaba Benjamín Conde. En las comisuras de sus labios se esbozó, entonces, una sonrisa tenue que ni siquiera llegó a florecer. Mordió el puro con dureza y se adelantó hacia el fondo del local. Sebastián intentó pasar inadvertido, hacerse invisible, mas el Sixto le vio y alteró momentáneamente el curso de sus pasos dirigiéndose hacia él. Su rostro, pigre y congestivo, estaba cruzado por una expresión impenetrable. —Hola, chico. —Lo zarandeó por un brazo—. No irás a decirme que algún mal amigo te ha pervertido y te ha traído a este antro de perdición. Sebastián reaccionó dócilmente. Temía que aquella expresión indescifrable que bailaba en los ojos del Sixto pudiera recrudecerse si no se sometía a sus impertinencias, —No... no... Sólo he venido a tomar un café. El Sixto adelantó la barbilla en un ademán pugnaz y agresivo. —Me alegro, ¿sabes? No sé decirte otra cosa. Pero prefiero que seas testigo y juzgues lo que va a pasar. —Con desenvoltura arrojó un billete sobre el mostrador: Cobra tres dobles y el café de este amigo. En las puntas de los dedos de Sebastián se iniciaba un convulso temblor. Sixto no apartaba los ojos del espejo donde figuraba la lista de equipos que se enfrentaban aquella tarde y donde, al anochecer, se estamparían los resultados de los encuentros. Pero no miraba esto. La mesa de Benjamín Conde se reflejaba en el espejo, y esto era lo que llamaba la atención del Sixto. «Prefiero que seas testigo y juzgues de lo que va a pasar.» Sebastián experimentó un miedo creciente. La sensación de que dos cables despellejados estaban a punto de tomar contacto se incrementaba. Sixto dio otra absorbente chupada a su puro y se enderezó. —Guarda la vuelta. El camarero miró la calderilla amontonada en el plato y cantó a gritos su entusiasmo: — ¡Cincuenta y cinco regalan! Como un eco le respondieron cinco voces desde distintos lugares del establecimiento: — ¡Eh, graciaaaaaas...! Un temblor nervioso sacudía las manos de Sebastián. Las piernas se le flexionaban por las rodillas y apenas tenía ojos y oídos para abarcar lo que le rodeaba. Pero aún pretendió detener al Sixto. —No irás... no irás a... El Sixto se alejó de él sin hacerle caso, se aproximó a la mesa de Benjamín Conde y se situó detrás de la silla que ocupaba éste. Dio una profunda fumada a su cigarro y, seguidamente, despidió el humo en una serie de aros simétricos, alucinantes. Su barbilla tomaba a adelantarse pugnaz y pendenciera. —Yo, en tu pellejo, no jugaría eso. La voz brotó en un susurro, regular y amable, como si en realidad se tratase de un consejo desinteresado. Benjamín apenas levantó la cabeza. —Ha sido una mala jugada, lo reconozco —asintió. El Sixto prosiguió en su actitud indiferente: —Las malas jugadas deben enmendarse. Los compañeros de mesa del «Moreno» observaban al intruso sin acertar a desentrañar sus frases reticentes. Se acentuaba el temblor de manos de Sebastián, que presentía algo catastrófico en el ambiente sobrecargado y enrarecido del cafetín. —Yo prefiero sostener lo que juego. No me gustan las enmiendas. Además, por sobre todas las cosas, detesto a los mirones. Conde hablaba tranquilamente, sin interrumpir la partida. El Sixto añadió con su tonillo displicente: —Siendo parientes... Benjamín atendía a las dos jugadas sin esfuerzo aparente. Sabía, indudablemente, quién era el Sixto y lo que había ido a buscar allí. Sebastián se dijo que resultaba improbable que los dos perros más feroces del barrio se desconocieran mutuamente. Y barruntó que en aquella escena que se desarrollaba ante sus ojos había tanto de defensa de una honra como un prurito de hegemonía. — ¿Parientes? — ¿No vas a ser tú el padre del hijo de mi hermana? Sonrió Conde imperceptiblemente al tiempo que se desprendía de una carta. —Ah, ya... No te habrá dicho que la he engañado, ¿verdad? Es un truco ése demasiado viejo. Benjamín hablaba sin mirarle, atendiendo al movimiento de los naipes sobre el tapete. —Podiera ocurrir, pero de todas las maneras ésta va a ser tu última inversión. Ya estás gastado. Conde reprimió una carcajada. Sixto observó las cartas por encima de su hombro y añadió: —Yo tampoco jugaría así. Van a comerte ese tres. Es una necedad. Sebastián sospechaba que cuanto más se prolongase esta amenaza latente, esta contención de la mutua animosidad, más sordo y enconado sería el

desenlace. —Gracias. Pero creo haber dicho antes que detesto a los mirones. — ¿Vas a enmendar la jugada? Volvió a sonreír Benjamín y denegó expresivamente con la cabeza. El ademán indiferente de Conde acabó por sacar al Sixto de sus casillas: — ¿Por qué no juegas conmigo, entonces? Sebastián no podría decir si gritó en ese momento. Todo fue tan rápido que, en un abrir y cerrar de ojos, las mesas y las sillas se separaron con estrépito y en el fondo del cafetín surgió un espacio libre en el que dos hombres, navaja en mano, se observaban enconados, sin fingimientos, al fin. —Voy a rajarte, hijo, ¿no lo sabías? —El Sixto ahora arrastraba las palabras, gozándose en ellas. Las tertulias, las canciones, las partidas se habían interrumpido, y los clientes del Bar Arribas formaban un apretado racimo en torno a los contendientes. Nadie, sin embargo, intentó interponerse. El que los dos camorristas fuesen a parar a la cárcel sin un rasguño y el intercesor al hospital o al cementerio era un hecho excesivamente frecuente en el barrio para que nadie osara meter su humanidad entre las dos navajas afiladas. Fue el Sixto quien primero saltó y simultáneamente su brazo derecho se adelantó con violencia hasta topar con su adversario. Conde no emitió un gemido; se desplomó blandamente sobre sí mismo y quedó allí inmóvil, bañándose en un gran charco de sangre. —A ver qué creías. ¿Qué otra cosa esperabas conseguir? Ese muchacho al camposanto y el Sixto ocho años a chirona. Todo esto podrías haberlo evitado sin tus escrúpulos y tus majaderías. Aurelia hablaba y, de cuando en cuando, oteaba por el balcón, a través de los churretosos cristales, la efervescencia de la calle. Habían matado a un hombre y el barrio reaccionaba con todos los tentáculos de la curiosidad desplegados a los cuatro vientos. Un hombre había muerto en una pendencia y alrededor del suceso se acumulaban ya toda clase de detalles, veraces unos, falsos los más, improbables todos. Con el acontecimiento, Aurora y Sebastián volvían a primer plano de la actualidad. El rumor popular los zarandeaba, los traía y llevaba de aquí para allá, se disparaban sus nombres de balcón a balcón, se les acusaba, se les disculpaba, se les hacía cómplices o se les absolvía incondicionalmente. Sebastián estaba fatigado, física y moralmente fatigado. Un laxo decaimiento se había adueñado de él después del suceso. La idea de que también Conde, como Emeterio, había muerto en pecado mortal le atribulaba hasta hacerle soltar lágrimas. Parecía ser éste su amargo y cruel destino: enfrentar a los hombres con la muerte cuando más emponzoñadas se hallaban sus almas. Aurelia, su madre, lejos de consolarle, le perseguía por todas partes, haciéndole blanco de crueles acusaciones que le rebotaban dentro como la voz de la conciencia. Sí; él podría haber evitado todo aquello. Si se hubiera casado con la Aurora, nada de esto hubiera sucedido. «Pero ¿por qué, por qué —se preguntaba— había yo de pagar las culpas de otro?» Y, como si oyese la respuesta, recordó inmediatamente las palabras del cura de las barbas: «La dignidad humana es como el agua en un colador... Cada hombre que nace abre en él un nuevo agujero... Las almas nobles deben darse prisa en tapar los agujeros que otras almas perdidas abrieron...» Movía la cabeza, constreñido por la necesidad de emanciparse cuanto antes de la diabólica pesadilla. El hecho de conocer que su buena disposición hubiese evitado la tragedia le sumía en un absoluto, impenetrable abismo de arrepentimiento. — ¿Ves lo que has hecho? ¿Ves lo que has conseguido, haragán?... Pero ¿por qué, al menos, Aurelia no le dejaba en paz? La metamorfosis de su madre, contra lo que él imaginara, no se había iniciado siquiera; continuaba siendo la misma, con su lengua incisiva, mordiente, de dolorosa violencia. El suceso había retrasado su evolución, que tan concienzudamente controlara Sebastián; había reculado, quedando tan elemental y hosca, tan ruda, como en los primeros tiempos. En cualquier momento la vería surgir con la cochambrosa cazadora militar, ocultando sus manos amocilladas bajo los sobacos y atravesando los intersticios dentales con fugaces y silbantes corrientes de aire. A su depresión moral se unía un absoluto cansancio físico. Los nervios le habían sostenido en las últimas semanas, mas ahora la tensión se relajaba y quedaba roto, desmarrado, convertido en un guiñapo, desmoronado y sin voluntad. El mundo y la vida estaban impregnados de violencia y de miseria. Ofuscado por el dolor, censuró a Dios la ocurrencia de haber animado el barro con su soplo. El barro era barro e implicaba una absurdidad pretender trasmutarlo en algo trascendente y vital. «Estoy blasfemando, Dios mío, estoy blasfemando. Estoy exigiendo cuentas a Dios...» Hincaba los codos en los muslos y se cubría la cara con las manos chatas y deformadas. Consideraba que si llorase se desahogaría, pero no sentía ya el menor deseo de hacerlo. La miseria de su alrededor, la ruindad de los hombres, le secaba con su soplo árido. E intuía, en el seno de su desconcierto, que únicamente recostando blandamente su cabeza en el hombro de Irene y escuchando sus palabras tenues y afectuosas podría encontrar consuelo. Aquella noche durmió mal, y con las primeras luces de la amanecida se arrojó de la cama. Le zumbaban los oídos y le dolía a trechos la cabeza, como si tuviese desparramado por ella un archipiélago de punzantes isillas. Contra toda costumbre, introdujo la cabeza entera en un recipiente de agua helada, pero el remedio no le mejoró. Era como si llevase dentro, entre los sesos, el batacazo que ocasionó la muerte de Emeterio y la navajada de Benjamín Conde. Sin desayunarse salió hacia los Almacenes. Era muy temprano cuando llegó, y don Saturnino, al parecer más tranquilo que en días anteriores, departía en un rincón con don Arturo y los dos hermanos rubios. —Ayer hubo un muerto en tu barrio, ¿no? —interrogó Luís, el mayor de los hermanos. Asintió Sebastián y se alegró interiormente de

que los pormenores de la noticia no trascendieran al centro de la ciudad. Su barrio era matón y pendenciero, y pinchazo más, pinchazo menos, la ciudad no se lo tomaba en cuenta. —Salís a muerto por mes. —

Aproximadamente. Sonrió don Saturnino, empalmado la conversación, donde, sin duda, la había interrumpido al entrar Sebastián: —Pues, como les decía, de París ya vienen figurines con la falda notablemente más larga. Será cuestión de meses verla arraigar aquí. Uno de los hermanos pareció muy satisfecho: —Entonces el corte de vestido aumentará y así venderemos más. Don Saturnino hizo un gesto de desaprobación: — ¡Quiá! El corte de vestido de una mujer será siempre inalterable. Si se alargan dos dedos por debajo restarán los dos dedos de otro sitio. No le quepa a usted duda, Urbón: el día que bajen la falda hasta los tobillos se descubrirán los pechos. Luís se relamió: — No caerá esa breva, señor Suárez. Rieron todos. Sebastián tuvo una idea muy clara en ese momento de que no eran la ambición y el odio los peores enemigos de la humanidad. Constató que lo que amenazaba la colectiva existencia, abrazándola en un cerco asfixiante, era la más brutal, ruin y descarnada sensualidad. Una concupiscencia irreprimible, libre, que se expandía por todos los estratos sociales, enervándolos. Intervino don Arturo, un poco cohibido, ante el freno echado por la crisis de ventas a su proyectada emancipación: —Aquí todo será cuestión de que Irene se haga la ropa larga para que tengamos ropa larga hasta en los orfanatos. Sebastián prestó oído a la conversación. —El equipo ha de hacérselo así. — ¿Cuándo se casa? —En mayo, creo... Las vísceras se le revolucionaron a Sebastián. No podía haber entendido bien: — ¿Se casa...? ¿Que se casa quién? —indagó. Uno de los hermanos rubios censuró su deficiente información. —Irene, claro. ¿En qué país vives? Sebastián, de buena gana, se hubiese tumbado en el suelo para sentirse más seguro. Todo le daba vueltas con una celeridad inexplicable. —Se casa... ¿Con quién se casa, si puede saberse? —Con López López, ese dentista rubio y bonito de la Plaza Mayor. Miraban todos a Sebastián y éste no sabía por dónde salir: —Es extraño... — ¿Qué es lo que es extraño? ¿Tú has visto alguna vez un filón de oro que no tenga dueño? El mundo se le venía abajo. Era como si penosamente hubiese logrado levantar un edificio con las propias manos y le dijese de súbito: «Es inútil; todo eso hay que tirarlo; aquí no se puede edificar». ¡Cuánta privación y cuántos desvelos para nada! Sus sueños absurdos se diluían como por ensalmo; el cuadro de ilusión que poco a poco había ido diseñando se lo emborronaban de pronto con cuatro violentos brochazos. Pero Luís tenía toda la razón: ¿dónde había visto él un filón de oro sin dueño? Siempre había sido así y era zafio y tonto creer que las cosas pueden cambiar o alterar su curso para satisfacer la propia conveniencia. Los hombres guapos, o ricos, o inteligentes, se casaban siempre con las mujeres más hermosas. Los feos, pobres y hueros no tenían mucho donde escoger. Por más que ahora las estadísticas... Pero él no era guapo, ni rico, ni inteligente... ni podía poner su esperanza en las estadísticas. Las mujeres preferirían siempre quedarse solteras a casarse con él. Contra todas las estadísticas. Se alejó Sebastián del grupo maquinalmente. Un vacío mareante le ahuecaba, le debilitaba hasta extremos inverosímiles. A su inquietud inicial se unía ahora este vacío angustioso, opaco, aniquilador. Era aquél, el suyo, un naufragio completo, irremisible. De nuevo se encontraba solo, desasido, traído y llevado, zarandeado por un mundo hostil. En el ropero hizo como si buscase algo en el bolsillo de su gabán, pero lo que hizo fue sujetarse a una percha, fuerte, crispadamente, con todos los músculos y los nervios en tensión. —Buenos días, don Sebastián. Era Juan, el hermano de Emeterio, que llegaba a colgar su abrigo en la percha. Hubo un día en que él neciamente deseó que lo llamaran así, «don Sebastián», como ahora lo hacía Juan, el respetuoso hermano de Emeterio. No obstante, al oír en boca ajena este tratamiento, Sebastián experimentó vergüenza, como si ello se debiera a una equivocación pretendida y buscada por él. Sintió deseos de golpearse violentamente la cabeza. Sin embargo, se conformó con sisear al mozo, que se volvió extraño: — ¿Qué quería, don Sebastián? Aquel muchacho no podía llevar en las venas la misma sangre que Emeterio. Empero eran hermanos. Sebastián carraspeó: —Mira —y se azoró al decirlo —, no me llames don Sebastián. Llámame en lo sucesivo Sebastián simplemente. Ese tratamiento es absurdo, ¿sabes? Y se le antojó que gran parte de sus pesares se disipaban con esta nimia declaración.

Capítulo Décimo Tercero. Era la víspera de San Bienvenido, una de las dos fiestas más importantes del barrio. Al atardecer se iniciaría en la esquina sur de la calle de Zapateros, junto al teatrillo del barrio, una pintoresca verbena que se correría luego a lo largo de la estrecha calle para desembocar, explosiva e incontenible, en la Plaza del Mercado. En ambas plazas extremas y en la calle principal, el bullicio, la alegría y la jarana no se amortiguarían durante toda la noche, y la mayoría de los vecinos, principalmente los jóvenes, verían amanecer la festividad de San Bienvenido sin haber pegado un ojo. La víspera era día laborable, pero el incentivo de la fiesta inminente ponía en los talleres y establecimientos del barrio una impaciente y excepcional alegría. Olía ya a churros y a pólvora de cohetes, aun antes de haberse empezado a freír aquéllos y a quemarse éstos. Pero el ambiente era festivo y festivos eran los rostros y las expresiones que se topaba uno por las calles. Para Sebastián nunca fue la verbena de San Bienvenido —bajo cuya advocación estaba el barrio— un acicate en su vida uniforme y gris. Le molestaban aquellos hedores a frituras, los gritos desgañitados de la juventud y aquel frenético deseo de vivir mucho en una noche activado por la música

incansable, los estridentes silbidos de los chiflos y las salvas aturdidoras de los cohetes y las bombas. Este año la festividad de San Bienvenido no podía presentarse en momento más aciago para él, aunque admitía que, como mal menor, la perspectiva de las fiestas y del bailoteo había echado mucha tierra sobre la reyerta del Bar Arribas, y el barrio casi había olvidado ya el incidente con aquella su peculiar manera de desentenderse de todo cuando así convenía al mayor disfrute de la colectividad. Eran las nueve menos cuarto y Sebastián avanzaba poco a poco por el centro de la angosta calle. El día estaba tibio y primaveral y todo hacía presagiar que la víspera y la festividad del santo patrón del barrio serían preservadas por un tiempo grato y bonancible. A los lados de la carrera se elevaban ya los tenderetes, las churrerías portátiles y, atravesando la calle, cientos y cientos de farolillos multicolores, distribuidos en filas cuyos extremos se anudaban en los balcones intermedios de las dos aceras. Tenía todo un peculiar sello de adormecimiento previo, de laxitud preventiva, como si cada tenderete, cada churrería y cada farolillo barruntase las dos noches de ininterrumpida actividad. La cantina de Ernesto tenía ya gente a esta hora. Eran los pocos vecinos del barrio que habían emigrado a los pueblos colindantes, pero que periódicamente, cada año, respondiendo a una cita tácita, se congregaban de nuevo en el local de Ernesto por la festividad de San Bienvenido. No creían, la mayoría, en San Bienvenido, pero creían en su conmemoración y la respetaban emborrachándose como cubas y blasfemando contra el santo patrón si se terciaba. Sebastián cruzó ante la puerta de la cantina y una vaharada de vino de Rueda le alcanzó la nariz. Venteó distendiendo las aletas como un perro ventea un tufillo familiar. En ese momento percibió el tránsito de un olor a otro y se dio cuenta de que había penetrado en el radio de acción de la droguería de Pérez. Poco más allá, el señor Santiago distribuía kilos de fruta con su característica jovialidad. Las clientes le embromaban y alguna que otra, aprovechando la buena fe del comerciante, distraía un par de naranjas de una canasta o arramblaba con un plátano del racimo que pendía de la puerta. El señor Santiago lo divisó como cada mañana: —A trabajar, ¿eh? No te canses demasiado; esta noche tendrás que bailar hasta despanzurrarte. Sebastián le sonrió y le dijo adiós con la mano. Los aromas familiares del mercado gravitaban en el aire, disueltos e imprecisos. Era una mezcla inextricable, muy difícil de precisar. Predominaba el jugoso olor de la fruta sazónada, pero detrás de este aroma, más intenso que los demás, se aquilataba el desagradable hedor a vaca descuartizada, a conejos caseros y a aves de corral. También en la Plaza del Mercado se palpaba la proximidad de la fiesta. Los tenderetes eran más abundantes y variados que de ordinario, y las casetas de churros y de venta de refrescos se esparcían buscando los cruces estratégicos. Al igual que en la calle de Zapateros, los farolillos abigarrados se cernían sobre las cabezas, balanceados por el suave viento. En el centro de la plaza, el «doctor cubano» había comenzado la jornada. Sería aquél un día de prueba, de trabajo intenso; pero, a vueltas de todo, lucrativo y remunerador. La gente del barrio perdía un poco esos dos días el minucioso control de la peseta y los paquetes de pomada para cicatrizar heridas no faltarían seguramente en ningún hogar al día siguiente de San Bienvenido. —Yo soy el «doctor cubano» y les juro a ustedes que siempre... Sebastián le lanzó una mirada de desprecio. Inconscientemente unía al «doctor cubano» con su desdicha y, por hábito inmotivado, le achacaba la mayor parte de sus desventuras. A los Almacenes, por el contrario, no llegaba el eco de los preparativos del barrio. El barrio y el resto de la ciudad constituían dos mundos distintos, a pesar de estar enquistado, encajonado, el uno en la otra. Los hermanos charlaban con Martín, por primera vez en el año alejados del radiador. Juan barría apresuradamente los despachos y Manolo y los demás no habían llegado aún. Un cuarto de hora después se presentaron éstos y al poco rato se inició la actividad del establecimiento. La crisis de ventas, aunque en modo alguno total, seguía apreciándose en los Almacenes. Y, como consecuencia inevitable, el señor Suárez continuaba midiendo el local a grandes zancadas, con las manos en la espalda y la vena de la frente cada vez más relevante. Por el contrario, y aun cuando la crisis de ventas no significaba tampoco para don Arturo un grano de anís, éste proseguía dando un ejemplo de serenidad y erigiéndose en prototipo del buen comerciante; sesudo, amigoso y cabal. Las clientes, aunque reducidas a la mitad, esperaban pacientemente a que don Arturo estuviese libre para verse atendidas por él. Sus manos firmes, finas, sugeridoras, embaucaban tanto como sus frases moduladas y oportunistas, rotundamente sagaces: — ¡Oh, por Dios, esto no es para usted! Para usted tengo algo magnífico que acabo de recibir. La sonrisa de la cliente manifestaba un crédulo papanatismo, su fe ciega en las decisiones del apoderado. En realidad era don Arturo quien compraba y vendía, quien se lo decía todo, dejando únicamente a la cliente el leve desahogo de pagarlo. Sebastián pensaba que era éste el secreto del experto comerciante; pero, contra lo que soñara cinco meses atrás, ahora no cifraba sus aspiraciones en llegar a ser como don Arturo. En cinco meses tan sólo se había cansado de luchar; se había percatado de que no vale la pena colocar en la vida un excesivo interés. Por lo demás, todo ahora, observando a un lado y a otro, semejaba ser igual a entonces. Las manos finas y dúctiles de don Arturo arrobando a la clientela; las espaciadas visitas de Martín al probador; la automática diligencia de Manolo, mientras su cerebro indagaba soluciones para sus mil y uno problemas domésticos; la deportiva desenvoltura de los dos hermanos altos y rubios... Prescindiendo, pues, de la actitud

satisfecha de don Saturnino cuando vigilaba el preciso movimiento de su máquina poderosa con los pulgares escondidos en el chaleco, todo parecía ser igual a cinco meses antes. Y, sin embargo, ¡qué convulsión tan tremenda se había operado en tan breve tiempo en el alma de Sebastián! ¡A qué violentos bandazos se había visto sometido! ¡Cuánto había aprendido de la vida en tan poco tiempo!... En un claro de la actividad de la mañana, don Saturnino, enarbolando un papel blanco en una mano y un sobre azul en la otra, se encaró con la dependencia: —Sólo esto me faltaba... ¡Este maldito se ha propuesto darme guerra, pero si quiere guerra la tendrá! ¡Vaya que sí! — ¿Qué es ello, don Saturnino? —Luis, el mayor de los hermanos rubios, más audaz que los demás, se aproximó a él. Sebastián tuvo miedo de que la vena de la frente del jefe reventase con una explosión mortífera. — ¿Qué ha de ser? ¿Qué ha de ser? Este bribón de Hugo, que es un sinvergüenza de siete suelas. Pero ya le voy a dar yo citas, ya... —Esgrimía de nuevo el papelito blanco, sin el sobre ahora—. Me ha llevado el muy pillo a la Magistratura... ¡Excuso decirles a ustedes! Yo un escándalo en la Magistratura del Trabajo, cuando soy un padre para mis subordinados, cuando... Don Arturo intentó aplacarlo. — ¡No hace falta que me calme nadie, anótelo bien! Yo sólo quiero saber quién, además de usted, está dispuesto a acompañarme pasado mañana a la Magistratura a atestiguar la verdad... Quién... La fría acogida de su solicitud le dejó un poco perplejo. Sebastián iba a decir: «Yo, desde luego»; pero al observar la glacial indiferencia de los compañeros cerró la boca. — ¡Ah!... A don Saturnino no le salía la voz del cuerpo, tal era su pasmo. Sebastián miró a Martín; pero éste se hacía el desentendido y arañaba con aire distraído una manchita del mostrador. Los demás tenían los ojos bajos y no hablaban. — ¡Ah! —repitió don Saturnino, cada vez más perplejo—. ¿Pero es esto posible? ¿Es que ninguno de ustedes recuerda ya el escándalo de hace unos meses? ¿Tampoco usted, Ferrón? Es extraño. ¿Tampoco recuerdan que ese maldito mequetrefe me llamó con la mayor frescura «viejo chocho»? Sebastián se ruborizó y sintió un calor absurdo por todo el cuerpo. Él sería el último que hablaría. Él, que debía su puesto al desplazamiento de Hugo, no podía, moralmente, declarar contra él. ¿Pero por qué los demás guardaban este silencio? Luis, el mayor de los hermanos, tomó la palabra; una palabra vacilante, indecisa, impropia de él, que siempre iba recto hacia el fin: —No lo tome a mal, señor Suárez, comprenderá... en fin... la solidaridad entre compañeros... nos obliga... La vena del señor Suárez se puso amarotada, retorcida y sinuosa como un relámpago: —No me regatee usted, Urbón; no me regatee... —Evidentemente empleaba adrede un término deportivo—. Dígame las cosas claras. ¡Chute usted de una vez! Pero para hablarme de la solidaridad de los subalternos es mejor que se calle. No soy partidario de esa solidaridad, anótelo bien. Esas solidaridades y esas pampas nos trajeron una guerra desastrosa y de seguir así acabarán con todo. Prefiero las relaciones abiertas y francas de hombre a hombre que esos bloques de mal entendido compañerismo, recelosos y prestos a saltar sobre uno al más leve roce. Pero está bien, allá ustedes con su solidaridad; con su pan se lo coman. Hugo pide guerra y tendrá guerra, aunque ustedes y su solidaridad se empeñen en lo contrario... Se encerró en su despacho con un portazo. Sobre el establecimiento se cernía aún la vibración de sus últimas palabras, cuando de nuevo comenzaron a llegar clientes y la sombra de la filípica del jefe se disipó. Sebastián intuyó entonces que se había portado desconsideradamente con don Saturnino y estuvo a punto de correr a su despacho para desagraciarle, pero la conciencia de que debía su puesto al despido de Hugo y que se haría sospechosa toda declaración de su parte contra él reprimió otra vez sus buenos deseos. Los compañeros atendían a varios clientes cuando se abrió la puerta de cristales y entró Irene con su gracioso y fascinante taconeo, sonriendo por doquier. Sebastián presintió que algo tremendo, incommensurable, se le venía encima sin poder hacer nada por evitarlo. En ese instante era el único dependiente libre, e Irene, sin vacilar, se dirigió hacia él. Toda la fuerza cósmica del Universo pareció desplomarse sobre la cabeza de Sebastián en ese momento; la vista se le nubló y notó palpablemente cómo sus vísceras se contraían, angustiadas, en el interior del cuerpo y las piernas se le doblaban por las rodillas. Los músculos de la garganta se le agarrotaron y respondió con un idiota movimiento de cabeza cuando Irene, sonriente, le saludó con un afabilísimo «Buenos días». Su torpe conducta de días anteriores se le representó con fastidiosa sinceridad. Se avergonzaba ahora de las silenciosas persecuciones por las calles, de haber buscado la mirada de Irene a través de las ingentes lunas del casino, por encima del mostrador de los Almacenes, en todas partes. ¡Cuánto se habría reído ella de su recalcitrante actitud! Ella, que era amada por un hombre apuesto, inteligente, de risueño porvenir, soportando el mudo cortejo de un pobre hombre, zafio, ordinario y contrahecho que no sabía hacer otra cosa que mirarla y mirarla como un bobo, como un perro excesivamente pegajoso y fiel. Los ojos de Irene, verdes, brillantes, indagaban en su rostro confuso y aturcido. No se explicaba Sebastián cómo había tenido nunca valor para sostener aquella mirada, directa, vital, llena de una variedad inagotable de matices expresivos. Sebastián creía entrever, en lo más profundo de ellos, un suave toque de burla, como de terciopelo rojo. Y la sonrisa... ¡aquella sonrisa sin reconditeces, fresca y exultante! —Le agradecería que me enseñase las cretonas que vi el otro día. Pero pronto, por favor, tengo un poco de prisa. Sebastián se quedó tan desorientado como si le hubiesen pedido una lata de sardinas.

Permaneció un rato inmóvil sin decir palabra y, cuando reaccionó, fue para encaminarse tontamente hacia la caja. Anita le sonrió y al verse emparedado entre aquellas dos sonrisas de mujer creyó volverse loco de aturdimiento. Le pareció oír algo relativo a Arturo, aunque ignoraba de dónde había arrancado la insinuación. Y, sin tener conciencia de que se movía, se descubrió al lado de don Arturo en el otro extremo de la tienda y oyó que éste le decía: —Estas son las cretonas de la señorita Irene. No veía las cretonas por ninguna parte, pero oyó nuevamente la voz de don Arturo dirigiéndose a Irene: — ¡Ahora mismito soy con usted! Alguien le colocó tres piezas de cretona entre los brazos y de nuevo se vio ante la sonrisa jugosa, fascinante, de Irene. —Y bien, ¿qué le ocurría a usted en los ojos estos días atrás? Se escondía una ironía sutil en el doble fondo de la pregunta, pero el ánimo de Sebastián no estaba para interpretar sutilezas. —Nnnnada... nada... nunca he tenido los ojos malos. Muchas gracias. Irene reía francamente mientras desplegabla las piezas y las comparaba mentalmente, calibrando las ventajas y defectos de cada una. —Como los tenía usted tan inmóviles y tan... tan dilatados, llegué a pensar si... si... Sebastián caló, de improviso, en el sentido de la pregunta. Su rostro palideció, pero se sintió algo más desembarazado: —Tendrá... tendrá que perdonarme usted... Ha sido todo... He cometido... Ha sido todo una gran tontería... Era como... Me parecía... En fin, ha sido todo una gran tontería —repitió, después de innumerables tentativas por encontrar alguna respuesta adecuada que explicase razonablemente lo sucedido. Hablaban bajo, casi en un cuchicheo; pero a ratos Irene quebraba esta intimidad con su risa cantarina. —Me alegra eso. Me alegra mucho lo que me dice. Llegó usted a preocuparme, de verdad. Nunca ningún hombre me había mirado como usted... —Irene ponía en estas palabras una insinuante coquetería—, se lo aseguro. Era algo así como... vamos, como si desnudase usted con el mayor descoco, ante mis ojos inocentes, las más atroces intimidades de su alma. Algo horrible, se lo aseguro. Rió despreocupada al notar el embarazo de Sebastián, quien se confesó, avergonzado, que eso y no otra cosa era lo que había pretendido. Irene dejó de bromear y comparó las piezas una vez más. Ante la inocua proximidad de Sebastián había perdido todos sus antiguos temores: —Bueno —dijo al cabo de un rato, sin dejar de sonreír—, envíenme las tres a casa. Si duda uno entre varias cosas, lo mejor es quedarse con todas. ¿No le parece razonable mi actitud? Sebastián no pensó en responderle. Se daba cuenta de que ésta podía ser la primera y la última oportunidad de hablar con Irene, de tenerla tan cerca de sí. Experimentó como un tirón imperioso que coaccionaba su voluntad de retenerla, de impedir que se marchase de su lado sin más ni más. Irene le miraba ahora fijamente con sus pupilas verdes, sombreadas por los medios arcos de sus larguísimas pestañas. “ ¡Oh, Dios, me está midiendo; me está midiendo», se dijo Sebastián, aturullándose. Impelido por su embarazo, recogió la mirada y la dejó resbalar por la superficie del mostrador. Entonces vio allí mismo, a medio metro de él, la mano cuidada, atildada, bellísima de la mujer. No pudo reprimir el impulso que le agitaba: comenzó a enrollar una de las piezas de cretona e, intencionadamente, buscó el contacto. Éste, a pesar de su brevedad, fue para Sebastián como una sacudida eléctrica. Notó la sangre cálida de ella a través de la piel, activando su propia circulación. El roce de aquella piel tersa, fresca, suavísima, terminó de desconcertarlo. Imaginó que nunca en la vida, por ocasiones que se le presentaran, podría volver a ser tan feliz como en ese momento, y cerró los ojos, dejándose mecer por un extraño y loco desvarío. La mano enjoyada no se apartaba del mostrador; tamborileaba ahora con la punta de las uñas sobre el tablero y su tecleo tenía un no sé qué indefinible de ponderada armonía. Sebastián levantó la mirada, turbia, húmeda, como la de un buey cansino, y acogió la sonrisa de la mujer con una mueca resignada, mezcla de culpabilidad e impotencia. —Entonces me lo mandarán, ¿verdad? Muchas gracias... Salía del establecimiento diciendo adiós a don Arturo con la mano, con aquella mano que, a juicio de Sebastián, podría, de proponérselo, cambiar el curso del universo. La contempló extasiado, sin mover un solo músculo de su cuerpo y con la boca abierta y reseca. Transcurridos unos segundos, se dio cuenta de dónde estaba. La sensación arrobadora de encontrarse suspendido en el espacio desapareció. Y en el primer instante de su regreso a la tierra divisó sobre el mostrador, entre las desordenadas piezas de cretona, el guante de crochet olvidado por Irene. Era un guantecito minúsculo, de tono crudo, que emanaba unos efluvios discretos a perfume fresco y confortante. Lo tomó entre sus manos deformadas y aspiró su aroma golosamente una y otra vez, tratando de reproducir el pasado embelesamiento. De pronto, le asaltó el deseo repentino de conservar aquel guante durante toda la vida como recuerdo de la mujer a quien con tanto ardor había amado en silencio. Furtivamente, para evitar llamar la atención de nadie, lo dejó resbalar hasta el bolsillo de su americana. Apenas había concluido de ocultarlo, cuando oyó a su lado, de nuevo, el inconfundible taconeo de Irene. Alzó la vista y la contempló atolondrado: —Perdone, pero creo que he olvidado un guante. Sebastián se arreboló. Por un segundo vaciló entre devolver la prenda o mentir con todo descaro. Fue la facilidad con que podía negarlo lo que le animó a mentir: — ¿Un guante? —dijo, simulando sorpresa—. Es raro que no lo haya visto por aquí. ¿Está usted segura de que lo traía? —Y mudó de sitio las piezas de cretona, haciendo un mohín cariacontecido. —Tiene que estar forzosamente. Lo he echado de menos antes de llegar a la esquina y he entrado aquí con ellos puestos; tengo absoluta seguridad. Se acercó don

Arturo: — ¿Un guante dice? Sebastián simulaba una activa busca. —Es raro... es raro... —murmuraba, mientras hacía esfuerzos por que el galope de su corazón no le delatase. Al cabo de unos minutos, durante los cuales don Arturo cooperó en la minuciosa investigación, Irene se impacientó: —Bueno, mandaré esta tarde a preguntar. Dispénsenme, pero ahora tengo un poco de prisa. Don Arturo no podía consentir esto. —De ninguna manera. En cuanto aparezca se lo enviaremos a usted, Irene. ¡No faltaba más! Por favor, no mande a buscarlo. Nos daría usted un disgusto. Antes de comer lo tendrá usted en su casa. Marchó Irene. A la una, en cuanto el establecimiento se cerró, el pequeño ejército de la dependencia, capitaneado por don Saturnino —cuya furia aumentó con este nuevo contratiempo—, inició una detenida inspección del local, que resultó completamente infructuosa. Se indagó hasta en las estanterías y el ropero, en los despachos del contable y del señor Suárez, debajo de los mostradores, pero la pequeña prenda, naturalmente, no apareció. El corazón de Sebastián latía frenético; su ilusión inicial había sido reemplazada por un temor creciente de que aquello que tomase por inocente trastada pudiese degenerar en un irremediable desastre. Al contemplar a toda la dependencia y al propio don Saturnino andando a cuatro patas por debajo de los mostradores sentía un miedo invencible de que el guante abultase demasiado el bolsillo de su americana o de que algún compañero hubiese sido testigo de su original rapacería. Con gusto hubiese vuelto Sebastián a poner las cosas como estaban. —El guante tiene que estar en casa; forzosamente tiene que estar en casa... El señor Suárez se animaba, cantando a gritos su seguridad, aunque en el fondo, él, como todos, dudase mucho de la confirmación real de sus palabras. Sólo faltó levantar el piso, tirar los tabiques y remover los cimientos del edificio. Decepcionado, al fin, don Saturnino, y con un humor de todos los diablos, los despachó a casa a comer. Sebastián echó a correr en cuanto se vio libre. Corría como con miedo de que alguien le persiguiese o vigilase desde algún punto sus movimientos. En su cabeza bullía una idea que, en principio, juzgó genial, pero que iba perdiendo grandeza a medida que pasaba el tiempo; no obstante, era la solución más viable y oportuna para aquel conflicto. Como una exhalación atravesó la Plaza del Mercado, bajo los farolillos verbeneros, sorteando con agilidad la multitud de tenderetes y casetuchas que se levantaban por todas partes. Al llegar frente al cuchitril de la señora Luísa se detuvo jadeante y suspiró hondo por tres veces. Estaba sudando y tenía el rostro congestionado. Cuando se adentró en el chiribitil, la señora Luísa le miró por encima de las gafas, sin levantar la cabeza. Estaba allí casi perdida entre una barahúnda de madejas, restos de lana de diferentes colores, chalecos, calcetines, botas de niño de teta y un sinfín de agujas de diversos grosores y tamaños. — ¿Qué se te ocurre con esta prisa, hijo? No estará mala la madre, ¿verdad? Denegó Sebastián y apresuradamente extrajo el guante del bolsillo: —Señora Luísa... es preciso... —dijo vacilante, y tras una breve pausa continuó—: Querría que... en fin, le agradecería que de esto no dijese una palabra a nadie, ¿sabe? Ni a mi madre. Se trata... ¿sabe? En una palabra, querría... a ver si usted puede hacerme un guante... Bueno, un guante igual a éste, ¿sabe? Pero para esta tarde, compréndame; me urge mucho. La señora Luísa se había encariñado con Sebastián. Al fin y a la postre, reconocía que gracias a él podía permitirse el lujo de lanzar, cada sábado, una inocente canita al aire. Su fondo era más tierno y femenino que el de Aurelia, aunque ambas coincidieran en sus instintos y sus vicios. Le guiñó picarescamente un ojo: — ¿Es para un regalo? Sebastián no vio motivo para desilusionarla. —Sí, es para un regalo. Es bonito, ¿verdad? Sonrió la señora Luísa, sacando los labios como una mulata. —Qué hacer; y finos. Tanteó el guante con dedos profesionales y expertos. —Para las seis lo tendrás hecho —añadió luego. — ¿Y me lo podrá mandar al Almacén? — ¿Tanta prisa te corre? —Mucha; es cuestión de... Bueno, es una cuestión muy importante. — ¿Sebastián! Él sonrió, complacido en el fondo. —Por el momento no puedo decirle nada. Volvió la señora Luísa a guiñarle un ojo. —Pero, hijo, ¿de cuándo acá...? Bueno, bueno... yo misma te lo llevaré. A las seis, ¿eh? —Iba a retornar a su labor cuando se le ocurrió una nueva pregunta —Dime, ¿qué se sabe del Sixto? ¿Cuándo le juzgan? —Aún no hay nada, que yo sepa. — ¿Y de la Aurora? ¿Ha dado a luz? —Todavía debe faltarle tiempo. — ¡Pobre muchacha! —Sin hacer pausa cambió de conversación con la mayor facilidad—: Oye, dime, ¿qué películas hay para el sábado? —Mañana miraré las carteleras; aún es temprano. Bajó la voz como si le manifestase algún anhelo inconfesable: —Oye, hijo, a ver cuándo nos llevas a otra de Jorge Negrete. —Está bien, señora Luísa, pero no se le olvide lo que le he dicho. Ni una palabra a nadie. A las seis yo estaré al quite. Tampoco quiero que la vean dármele, ¿entiende? Yo saldré un momento a la calle y lo recogeré. No lo olvide. Hasta luego. —Bueno, bueno: está bien, hijo. Vete con Dios. Sebastián empujó el portón claveteado del convento de los capuchinos, que gimió como un viejo gato apaleado, y se adentró en la penumbra de la gran nave. Hacía fresco en el interior en relación con la temperatura de la calle, y la primera impresión, agobiada la retina por la luminosidad del día en su apogeo, era de vacío absoluto. Al cabo de un rato los ojos de Sebastián, habituados al ambiente sombrío del templo, comenzaron a descubrir los perfiles y contornos de las cosas y vislumbraron la primaria imagen de San Bruno, a la derecha, y a sus pies una muchacha pálida y enlutada que comenzaba su angustiada súplica: — ¡Oh, San Bruno bendito, escucha a tu sierva Isabel! ... Te ruego, San Bruno, por mi hermano Benjamín... Intercede por él, santo bendito, ante el trono de

Dios, pues en la Tierra fue siempre un redomado sinvergüenza... Vivió como un bribón y murió como un bribón; pero te ruego, San Bruno, que no le dejes ahora de la mano. Te pido también, santo bendito, por mi madre, por mi padre, por mis abuelos y por mis hermanos... También, San Bruno, por mis tíos y por el novio de Estefanía... Haz, santo bendito, que ninguno de los que quedan se muera nunca... Pero nunca, nunca, nunca, ¿oyes? Que todos nos conservemos siempre en la Tierra para alabarte y bendecirte... Pero siempre, siempre, siempre, y todos, todos, todos, ¿oyes? Que mi hermano Benjamín sea el único... Sebastián parpadeó un momento y tornó a mirar el perfil de la muchacha. Un perfil enjuto y oscuro de rasgos finos, al que sólo faltaba el bigote, espeso y moreno, y el palillo de dientes emergiendo de un colmillo para completar la faz de Benjamín Conde. Se estremeció. También la voz se le hacía conocida y familiar, y el tono impetrante de la plegaría le recordaba la advertencia reticente, implacablemente mordaz: «Por sobre todas las cosas, detesto a los mirones». O la expresión airada y furibunda: «Me amuela que sólo a las más pendones les salga un defensor de su honra». La hermana, zumbona y pedigüeña, llevaba razón. Benjamín vivió como un bribón y murió como un bribón... Y ahora era posible que ni la intercesión de San Bruno... Sebastián había pasado unos días, a raíz de la sangrienta pendencia del Bar Arribas, como adormecido, poseído de un aturdimiento que le privaba de discernir lo pasado, su posible intervención en ello, la calidad y sentido de sus consecuencias. La muerte de Emeterio y después la de Benjamín Conde habían obrado sobre él los efectos de dos mazazos consecutivos y contundentes. No supo ver más allá del tremendo presentimiento de una eternidad sujeta a castigos. Le rasparon tanto ambos hechos su sensibilidad excitada, que quedó como embotado y neutro, transitoriamente insensibilizado. Después tuvo unos momentos de lucidez que le empujaron a una sorda rebeldía. Se encontraba disconforme y descontento, y cualquier roce, hasta el más minúsculo, le erizaba los nervios, que amagaban con estallar de la tensión. Fueron unas horas borrascosas y, al fin, se propuso no pensar más en aquellas dos desgracias irremediables que posiblemente arrastrasen unas consecuencias nefastas. Pero la creencia de que Emeterio y Benjamín Conde se habían condenado eternamente, de que a estas horas se debatirían impotentes contra las torturas del infierno, le ocasionaban una caótica lucha cerebral que le enloquecía. Sólo después de la impensada entrevista con Irene y del episodio del guante, aparentó olvidarse de aquellos hechos. Pero no se había olvidado. Lo que ocurría era que Sebastián acababa de descubrir el cauce por donde lanzar y ordenar el impetuoso caudal de sus sentimientos encontrados. Pensó en el convento de los capuchinos como otros hombres desesperados o deprimidos piensan en la bebida: como en un sedante posible, como en un medio eficaz y expeditivo de huir de las tinieblas, de las aprensiones y de la incertidumbre. Y ahora estaba allí ya. En el altar lucía la llamita azulada y crepitante de la palmatoria, como un alma cruzando indemne a través de un inextricable bosque de asechanzas y pasiones. El cuchicheo de la hermana de Benjamín Conde, postrada ante la tosca imagen de San Bruno, le llevó a pensar en Emeterio y Juan. E imaginó que unos mismos moldes no bastan para limitar dos distintos temperamentos. El libre albedrío humano se mostraba pujante y descarnado, brutalmente cierto, en aquel par de hermanos, vivificados por la misma masa de sangre, pero diametralmente opuestos en el enfoque de sus destinos. Ello probaba, una vez más, la autonomía espiritual de cada ser, el espontáneo e incoercible poder de determinación del hombre. La belleza del cuerpo era un fenómeno exclusivamente connatural, pero no la conformación del alma, sujeta siempre a las disponibilidades de la voluntad. El silencio manso y reposado del templo repasaba la piel de Sebastián como si se filtrase a través de una membrana porosa. De nuevo pensaba en Emeterio y Juan y los dos hermanos Conde, tan distintos. Y otra vez se sintió empapado por el convencimiento de que sólo allí, dentro de él, en lo más oscuro y recóndito de su cuerpo, se encerraba la suprema verdad, la única, escueta y trascendental verdad. Los nervios, tensos y crispados, iban relajándose, produciéndole una calmante sensación de plácida laxitud. Conociendo la verdad, no tenía por qué temer nada. A fin de cuentas él no había matado a Emeterio, ni había provocado sus pecados; ni tampoco la muerte ni los pecados de Benjamín Conde. ¿Por qué, entonces, no enderezarse de nuevo? Él sabía que el alma, la parte intangible, más íntima y vaporosa del ser, era lo primordial del complejo humano, aunque los hombres en general no lo advirtiesen y vivieran y se mataran como si el dinero o el poderío fuesen los supremos estímulos sociales, lo único que implicaba, en el mundo, una razón de lucha y emulación. Él había sido egoísta, postergando esta alma cuya existencia constataba otra vez en el pulso de su sangre, en el latido apresurado y sordo de su corazón. Le costaba renunciar, desasirse de toda ligazón terrena, y había aspirado incluso a dar satisfacción a su pobre cuerpo exhibiendo como un producto de esmerada elaboración el secreto de su alma. Recordó a Irene e inmediatamente desechó este pensamiento. La felicidad podía estar ahí como podía estar en otros mil sitios diferentes. Era un error imaginar que el propio acomodo sólo se encuentra en una línea de conducta rígida e inflexible, que todo lo que suponga desviarse de esa línea ha de ser el caos, el desquiciamiento y la perdición. Los caminos del alma eran dúctiles y variados, enmarañados o abiertos, rectos o sinuosos, pero eran, a no dudar, infinitos y eternos. «La felicidad está en el orden de los instintos... —se repitió Sebastián—. Y los instintos —se dijo— son susceptibles de

un orden y una organización con Irene y sin Irene, con sinsabores y desengaños.» Una tierna y dulce congoja le subía del pecho y le oprimía suavemente la garganta. Entonces comenzó a llorar con un ritmo pausado, desalojando su cerebro de lúgubres presunciones y reconditeces sombrías. Apoyaba la frente en la madera del banco y mansamente se desahogaba, no intentaba cortar el curso de las lágrimas. Entonces pensó que él podría ser feliz encerrado para siempre entre aquellos densos muros, bajo la mirada paternal y vigilante del padre Matías. Pero ahuyentó este pensamiento como ahuyentase poco antes el recuerdo de Irene, como si se tratase de un algo vagamente pecaminoso. No quería ser egoísta otra vez. Comprendía que fuera de allí le esperaba una tarea ardua e intransferible, una misión exclusivamente personal. No podía abandonar ahora a Aurelia ni a la Orenicia, ni podía... «La dignidad humana es como el agua en un colador.» Evocó a la Aurora, desquiciada, rumiando a solas, noche y día, su abultada deshonra. Y la monstruosa decisión de la Germana siguió a esta evocación como dos piezas íntimamente concatenadas. Los sollozos de Sebastián se hicieron más profundos; resonaban ahora acongojados en la vasta quietud del templo en reposo. Le costaba enfrentarse, dar cara a una posibilidad recién descubierta, pero intuía que era la mano de Dios la que le dirigía y controlaba, que era Dios mismo quien le exigía la reparación de un acto y de otro. Emitió un ronco sollozo y transigió. ¿Por qué no? «Las almas nobles deben taponar los agujeros que otras almas perdidas abrieron.» (Y Sebastián se imaginó a un Benjamín Conde grotesco y apayasado, como el Benjamín Conde de sus pesadillas, haciendo agujeros apresuradamente en un colador con la afilada punta de un mondadientes.) Comprobó, en un segundo, que era ésta la misión para que había sido creado, que él — ¡qué sarcasmo, Dios mío, para el barrio! — acabaría cerrando el agujero que la Aurora y Benjamín Conde abrieron a medias. Sintió una instintiva repugnancia, pero al pensar en el desgraciado niño por nacer sonrió dolorosamente entre sus lágrimas. «Sí, me casaré con la Aurora», dijo con voz ronca, en un susurro apenas perceptible. Y añadió para sí: «Seremos como dos hermanos, nos respetaremos mutuamente y... y educaremos a ese niño que ninguno de los dos hemos querido». Su llanto se acentuó, pero una serenidad desconocida se apoderó de él. Al ceder, se dio cuenta de que había sido la lucha interna, áspera y velada, que sostuvo con la conciencia la que le produjo sus amarguras y quebrantos. La rígida resistencia para admitir aquella solución le desazonaba, y ahora, de pronto, al hundirse hasta el cuello en la inmensidad de su sacrificio, sometiéndose a los postulados de una difusa voluntad superior, experimentaba unos anhelos locos de reírse a gritos de su cobardía y de abrazar estrechamente a todo el mundo. Oyó chirriar el portón claveteado y una sombra se deslizó hasta el banco que él ocupaba. Entre las lágrimas divisó la silueta del señor Cleto a su lado. Andaba casi a ciegas, tanteando, deslumbrado aún por los destellos del sol. Sebastián, en un impulso espontáneo, le sujetó la mano y se la oprimió con calor. — Soy yo, Sebastián, señor Cleto. — Y lloraba a raudales — ¿Cómo... cómo usted por aquí? El señor Cleto se repuso enseguida de la sorpresa. — Hola, hijo. Hoy es el patrono del barrio. ¿No lo sabías? ¿O es que eres tú también de los que creen que sólo deben rezar los niños, las viejas, los tontos y los enfermos? Serían aproximadamente las seis y media cuando Martín se le acercó por detrás y le dijo, frunciendo levemente su bigotillo: — Esa pelmaza del chal pregunta por ti. Lleva un cuarto de hora esperando a la puerta y haciéndote señas. Dice que quiere comunicarte algo importante, pero que no quiere pasar. Ya le he dicho que aquí no nos comemos crudos a nadie, pero insiste en que no le da la gana de entrar y que salgas tú. ¡Dios mío, la señora Luísa! Sebastián se había olvidado por completo de su negocio del guante. Habían ocurrido demasiadas cosas en las últimas cuatro horas para acordarse de aquella pequeñez. Después de todo Irene no significaba ya nada en su vida, y cuanto antes se olvidase de ella, de todo lo relacionado con ella, sería mucho mejor. Las margaritas no eran para los puercos y el puerco nada conseguiría más que evocar a todas horas su empeño frustrado y su impotencia evidente guardando un pétalo como si fuese un tesoro. Salió Sebastián, y la señora Luísa le regañó impaciente: — Vamos, hijo; llevo aquí casi una hora plantada como un espantapájaros. ¿No te corría tanta prisa el guante? — Desenvolvió un pequeño paquete que llevaba bajo el brazo y añadió —: Aquí los tienes. Éste es el tuyo y este otro el que te he hecho. Yo creo que ni en fotografía te los sacarían más parecidos. Sebastián guardó uno en cada bolsillo. — Muchas gracias, señora Luísa, y no arrugue la cara; el sábado estrenan una película de Jorge Negrete en el Ideal. Allá iremos. Suspiró, resarcida en su espera, la señora Luísa y entornó los ojos. Con facilidad se adivinaba que haría con gusto de Jorge Negrete su cuarto marido si el astro se aviniera a apencar con sus aprovechados cincuenta años, su inundo cuchitril y su agria afición al vino. — ¿Cómo se llama? Sebastián reflexionó un momento. — Los hombres de Jalisco, Las mujeres de Jalisco o algo por el estilo; pero, desde luego, se relaciona con Jalisco. Bueno, ¿y el precio? — ¿Qué precio? — El del guante. — ¡Bah, quinientas pesetas! — Y la señora Luísa se reía de su botaratada. — ¿No será un poco mucho? — Haga cuenta el señor del trabajo que eso encierra y de la calidad de la prenda. Sebastián le seguía la broma: — El trabajo y la calidad son excelentes. Pero podríamos dejarlo en cuatrocientos noventa y cinco. La esperanza de volver a ver a Jorge Negrete dispó por completo el mal humor acumulado en la espera por la señora Luísa. — Si el señor lo considera bien pagado, vale. — Luego le enviaré un

cheque a su casa. Muchas gracias. —Adiós, hijo; que te diviertas y gastes poco. Sebastián volvió a entrar en el almacén. La sensación de los guantes en los bolsillos y el temor de que alguien los descubriese le distrajo de sus reflexiones. Aquella tarde la crisis fue más patente y agudizada que en días anteriores. Apenas siete clientes franquearon la puerta del establecimiento, y, de ellos, cuatro o cinco se marcharon sin comprar, por encima del acento persuasivo de don Arturo y de los movimientos de sus dedos finos, acuciantes y sugeridores. Aparentemente aquello se agravaba. Las clientes iban echando costra y, sobre ser menos, las que llegaban parecían puestas en guardia de antemano para evitar ser llevadas por donde no les apetecía ir. Es decir, compraban o no compraban por propia voluntad, indómitas a la menor influencia externa. A las siete se cerró la puerta y Juan, el mozo, volvió el cartelito de «Cerrado». Don Saturnino salía de su despacho con cara de pocos amigos. Sebastián, en este instante, casi sin pensarlo, se precipitó hacia él: —El guante, don Saturnino. ¡Ha aparecido el guante! —Y tremolaba entre sus dedos achaparrados, ante el asombro de todos, la pequeña prenda. Pero si esperaba ver cambiar el semblante de don Saturnino se equivocó. El señor Suárez tomó el guante en la mano y le espetó a bocajarro: —¿Dónde estaba? Toda la dependencia se concentró en torno, intrigada. Sebastián se aturdió. No había pensado en esta indagación tan enojosa. —Ahí... ahí... —balbució, sin convicción alguna—. Al pie del mostrador. —¿En qué parte? El tono de don Saturnino manifestaba que no se conformaba con ambigüedades. —Ahí, en la esquina esa... —No puede ser —intervino, tajante, don Arturo—. Es una necesidad querer hacernos creer que el guante ha estado ahí, a la vista de todo el mundo, y nadie ha reparado en él hasta ahora. ¡Oh, qué difíciles se le ponían siempre las cosas a Sebastián! Se diría que un ente diabólico se divertía enredando y enmarañando el sencillo ovillo de su vida. —Era... Ha sido más atrás... —¿Debajo? —Sí, eso... por debajo. —¿No he estado yo debajo dos horas andando a cuatro patas como un burro? ¿Eh? ¡Dígame! —Sí, sí, pero era más... más hacia... hacia la esquina esa... Martín hacía sonar también sus méritos: —Ahí he mirado yo cinco veces, y como no lo hayan puesto luego, el guante no estaba ahí, bien seguro estoy de ello. Sebastián se veía cercado, acosado por cien bocas implacables, por mil ojos que leían en su rostro el inefable embuste. —Es que... es que... —¿Que lo había guardado usted! ¿No es eso? ¡Cómo giraba todo, describiendo círculos alucinantes, por encima de su cabeza! La contundencia de los argumentos esgrimidos contra él lo anonadaba, lo ofuscaba, impidiéndole servirse de la clara luz de la razón. Veía las caras de sus compañeros, multiplicadas por diez, censurando su palmaria falta de sinceridad. —¡Eso es imposible! —Ahí he estado yo media hora; en cualquier otro sitio podría estar, pero ahí no; estoy convencido de ello. —¡Pero, hombre, si por ese rincón he mirado yo más de cien veces! —¡No diga usted tonterías! —Lo había guardado usted, ¿no es cierto? —¿Y qué ha sacado usted en limpio con guardarse ese guante? Se le hacía a Sebastián que todos leían en sus ojos la grotesca verdad. Adivinaban que estaba enamorado de Irene, que el barro ruin aspiraba a remontarse hasta el pájaro alacre, de vistosa policromía. Le vinieron ganas de taparse el rostro con las manos y escabullirse, esconderse debajo del mostrador, cobijarse de aquellas miradas directas que le desnudaban el alma en su prolija manía de investigar hasta el fondo de las cosas. Pero aún insistió torpemente: —Más allá... más allá... donde ninguno... No le dejaron terminar. Ignoraba si aquella barahúnda que se elevaba en su derredor era cierta o una mala jugada de sus nervios hipersensibles. Pero no, no. Allí estaban las cabezas de todos, muy unidas, muy estrechamente unidas, formando un cerco ceñido e invulnerable, negándole toda posibilidad. —¡No es cierto! —¡No puede ser verdad! —¡No es usted sincero! —¡Miente! —¿Dónde estaba el guante? —¡...Anótelo bien! —Por última vez... —¡No, no y no! Y todo giraba en derredor. Giraban los rostros y las piezas multicolores de las estanterías; giraban las arañas gigantescas que pendían del techo; giraba la vena relevante de la frente de don Saturnino; giraba el recortado bigotito de Martín, las manos finas y afiladas de don Arturo, los ojos sanguinolentos y saltones de Manolo; giraban las letras, las palabras y las frases. Giraban, sobre todo, aquellos «noes» ominosos y rotundos, las crueles negativas de sus compañeros a admitir como verosímiles sus razones. Y detrás de aquel constante y absoluto girar le pareció recoger una helada carcajada y el sonido mollar y crujiente como de un saco de virutas al ser trasladado. Sebastián no pudo resistir aquella risa viva del maniquí abandonado. Porque la risa provenía de él, a no dudar. Nadie más que él podía reírse con aquellas carcajadas de trapo, frías y cavernosas, que llenaban con sus ecos todos los rincones del establecimiento. Se tapó los oídos con las manos deformadas y echó a correr enloquecido hacia la puerta. Los denuestos y las negativas de sus compañeros le perseguían como sabuesos ávidos de sangre. Y, de entre ellos, extrajo, distinta y rotunda, la enfurecida voz de don Saturnino, irritado con la persistente crisis de ventas y la reciente citación de Hugo: —¡Eso! ¡Márchese y no vuelva más! ¡Anótelo bien, Ferrón! ¡No vuelva a poner los pies en esta casa! Pero él seguía corriendo y corriendo, sin dar importancia a nada que no fuese huir de prisa de aquella guirnalda de cabezas acusándole, de la lúgubre carcajada del maniquí de serrín... Volaba atravesando las calles, sin cuidarse de que la gente le mirara o hiciese comentarios irónicos de su marcha precipitada. De repente, sin detenerse, se dio cuenta de la tremenda verdad. ¡Estaba despedido! ¡Despedido! Y como si de su sueldo sólo dependiera el

esparcimiento de los sábados, pensó en la señora Luísa, en cómo le costaría renunciar a volver a ver a Jorge Negrete. Las lágrimas se le acumulaban en los ángulos internos de los ojos, le rebosaban ya y comenzaron a rodar presurosas hasta empaparle las solapas de la chaqueta. Pero él seguía corriendo, mientras el leve viento, intensificado por la rauda carrera, le irritaba la húmeda piel de las mejillas. «¿Y Aurora? —se preguntó súbitamente—. ¿Cómo podré casarme ahora con la Aurora? La gente dirá que busco su dinero, que sólo al quedarme en la calle, indigente y desamparado, acudo a ella como un perro vagabundo a una lata de basuras. —Sin cesar de correr movió la cabeza con violencia—. ¿Qué me importa? ¿Qué puede importarme eso? Yo me casaré con ella piense la gente lo que quiera. —Y presentía que era éste el verdadero, auténtico, incontaminado sacrificio; que sólo los actos consumados así, en el secreto de la propia conciencia, son actos meritorios y trascendentes, acreedores, un día, a una eterna contraprestación—. No tocaré su dinero; no necesito su dinero para nada; yo trabajaré hasta que reviente en cualquier parte. ¿Por qué no he de encontrar trabajo?» Y, de improviso, al pensar en esto, se sentía más ágil y libre, más dueño de sí que nunca. Corría como un desesperado, moviendo impulsivamente las cortas piernas y notando que su vientre, lacio y abultado, trepidaba dolorosamente por debajo de la faja de franela. Al sentir despeñarse por las mejillas un nuevo torrente de lágrimas, buscó el pañuelo tanteando sus bolsillos. La mano derecha topó con el guante de Irene e, impensadamente, lo extrajo apuñado en sus dedos cortos y nudosos. Lo contempló a través de la lente de lágrimas y, luego, lo levantó hasta la nariz aspirando con fruición su fresco perfume. Desposeído de todo respeto humano, comenzó a besarlo atropelladamente, enjugando con él sus lágrimas, cada vez más abundantes. Ya entraba en la Plaza del Mercado, y los gritos estentóreos de la multitud, el estampido de los cohetes y las bombas y los silbidos de los chicos le aturdieron. El barrio conmemoraba con una exuberancia vital la festividad de San Bienvenido. Todo el mundo se había lanzado a la calle y, bajo el resplandor incierto de los farolillos verbeneros, teñidos los rostros por mil contrastes de luz, parecían fantasmas pugnando con las torturas del infierno. Pensó en Emeterio y Benjamín Conde; pensó en la Germana y se estremeció. Mujeres regordetas y congestionadas extraían de ingentes sartenes roscas interminables de churros, inmensos rosetones de patatas fritas, bolas fritas de San Bienvenido. Y en su derredor una turba de mujeres y chiquillos disputándose a gritos y a empujones los puestos de preferencia. Los hombres se aglomeraban en las tascas ambulantes y bebían vino y limonada insaciablemente. Los muy entonados cantaban La vaca lechera o El año cuarenta y pico con sus voces roncas y aguardentosas. Los menos ebrios buscaban anhelosamente la manera de igualar su entusiasmo con el de aquéllos. El «doctor cubano» vendía tubos de pomada como si fuesen caramelos. La mujer, encaramada sobre dos cajones, estaba pálida por el infrecuente esfuerzo, y la serpiente sacaba la lengua enloquecida por tanto grito y tanta pasión. El pavimento de la plaza se hallaba alfombrado por cáscaras de avellanas y cacahuetes, papeles grasientos, restos de farolillos y mondas de girasol. La multitud, al fluctuar y pisar aquellos restos, producía un rumor crujiente, como el que invadía a las horas de función el teatro del barrio. Sebastián reía y lloraba interiormente de la miopía de los hombres. Se imaginaban felices en el seno efervescente de aquella babel y lo que estaban era desconcertados, enloquecidos por los gritos, el estallido ininterrumpido de los cohetes y las bombas, los compases agudos y estridentes de la charanga y los trajes vivos y chillones, mareantes, de las mujeres. «La felicidad está en el orden de los instintos.» Y allí predominaba un caótico e irresponsable desorden. Sebastián avanzaba ahora despacio, recibiendo empujones y achuchones por todas partes. En la mano derecha oprimía el leve guante de crochet de Irene con una ternura infinita y se hacía la ilusión de que portaba a la bella mujer de la mano. Así atravesó la Plaza del Mercado y se adentró en su calle, en donde la aglomeración tomaba increíbles proporciones. Los gritos y las canciones se hacían aquí ensordecedores y la gente llevaba en la cabeza gorros de papel de ofensivos colorines. Ante la puerta de su casa, un grupo de chiquillos armaba un escándalo mayúsculo con sus flautas y silbatos, agudos e incoherentes. Los tenderetes se alineaban a ambos lados de la carrera y las mujeres que los regentaban pregonaban a gritos la calidad y suculencia de los artículos cuando no la asequibilidad de los precios. Un mozalbete grandullón arrojaba garbanzos detonantes a los pies de las muchachas que corrían en desbandada, empujándose y gritando. Desde un balcón alto, un hombre en mangas de camisa, con los brazos llenos de vello, lanzaba cohetes al espacio oscuro que se abría en una estela de luz vivísima y efímera para, después de la explosión, sumirse en una tenebrosidad aún más espesa y maciza que antes. Oía fuerte a frituras, a pólvora, a emanaciones humanas y a vino tinto en porrón. Era una mezcla penetrante y desagradable, pero que incitaba a la locura y al frenesí. Sebastián se abrió camino, a codazos entre eructos vinosos, voces destempladas y los crujidos de las cáscaras, hacinadas en el suelo. Era tedioso bracear contra corriente, y Sebastián se veía obligado a desarrollar un violento esfuerzo físico para conseguirlo. Ya en el portal de su casa, hubo de apoyarse en el muro para no caer. Dirigió una mirada desmayada al idolillo de la cara de león y los pechos cónicos y le sonrió con languidez, con una acentuada expresión de cansancio en los ojos enrojecidos. —Hoy no ha habido suerte, ¿sabes? Otro día será. —Y ascendió penosamente las escaleras. Sin detenerse llegó hasta su alcoba, se quitó los zapatos pisándose los

contrafuertes y se derrumbó sobre la cama. No había nadie en la casa. De la calle ascendían mil ruidos diversos, amortiguados por el balcón cerrado. Sobre el fondo de aquella algarabía apenas si se oyó el desgarrado sollozo de Sebastián. En la mano derecha apretaba el guante de crochet de la bella Irene. Por su cerebro, rendido sobre la almohada, desfilaban las palabras del cura de las barbas, imbuyéndole una pausada serenidad: «La dignidad y la honradez humana son como el agua en un colador». Y, una vez más, Sebastián se representó a Benjamín Conde, al absurdo y grotesco Benjamín Conde de sus pesadillas, dando estocadas furiosas a un colador con la afilada punta de un mondadientes. (*university akron wayne campus*).

Audiolibro A N Es De D A
Miguel Delibes Cap Tulos 10 11
12 13

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>